
LIBRO

Andrés Allamand: *La travesía del desierto*
(Santiago: Aguilar, 1999).

LAS PARADOJAS DE LA DERECHA: EL TESTIMONIO DE ALLAMAND*

Joaquín Fernandois

La derrota

Cuando en la tarde del 11 de diciembre de 1997 se comenzaron a contar los votos de la elección parlamentaria, la tercera en la nueva fase democrática, no había otro distrito que concentrara tanto la atención del país como la Región Metropolitana Oriente, donde competían por el mismo puesto los dos representantes emblemáticos de la derecha. De acuerdo a la lógica del sistema binominal, la verdadera batalla se daba al interior de cada uno de los dos grandes grupos electorales. La diferencia dentro de la Concertación, entre Alejandro Foxley y Jaime Estévez, estaba más relacionada con dos tradiciones políticas que desde comienzos de los ochenta habían evolucionado de acuerdo a la tendencia de los tiempos. Representaban un camino conocido; en cierta manera, representaban un pasado, aunque muy reciente.

En cambio, en la derecha, la batalla era por la configuración de futuro, o así fue presentada con muchos visos de realidad, por sus dos contrincantes, Carlos Bombal por la Unión Demócrata Independiente

JOAQUÍN FERNANDOIS. Doctor en Historia. Profesor de Historia Contemporánea, Pontificia Universidad Católica de Chile.

* El artículo fue escrito en octubre de 1999.

(UDI) y Andrés Allamand por Renovación Nacional (RN). Ambos representaban dos polos en una derecha que había salido fortalecida después de la ‘transición corta’, entre 1988 y 1989. Aunque, como se verá al comentar las páginas del libro, los temas concretos habían sido defendidos por ambos sectores según el caso, la impresión que se proyectaba era la pugna entre una derecha más vinculada tanto a un liberalismo económico y a un tajante conservadurismo social, y un líder que ofrecía una política de ‘derecha liberal’ que combatiera por los votos del centro con argumentos que dejaran atrás la confrontación de los años setenta y ochenta.

La campaña había mostrado un antagonismo irreductible. Por lo demás, en la práctica, el sistema binominal ha hecho que las disputas políticas más recalcitrantes se den al interior de las alianzas o pactos. Ya en 1993 ambos se habían enfrentado en la ‘batalla de Las Condes’, aunque su resultado fue potenciar la lista, duplicar a la Concertación y ser elegidos los dos. Pero en la circunscripción senatorial esto no era posible. Allamand había apelado a un voto de clase media centrista, con lo que podría captar muchos votos en todo Santiago oriente. Con esto se podría equilibrar el decidido apoyo a Bombal que emergería de los distritos municipales de Las Condes, Vitacura y Lo Barnechea, donde lo ‘in’, la ‘orden partido’ social era votar por Carlos Bombal. Estar con los *principios* era como una carta de presentación social que llegaba profundamente a un sector elite que incluye a una clase media alta emergente, y descendía en generaciones jóvenes y hasta infantiles. Niños de colegios se veían en apuros para explicar a sus compañeros por qué algunos de sus padres iban a votar por Allamand. ¿Estaba o no Allamand por defender principios? En barrios dominados por un *ethos* de clase media o clase media alta, o incluso en sectores populares, Renovación Nacional había demostrado tener una fuerte presencia. En este sentido, el resultado por ley de probabilidades podía perfectamente conducir a un claro triunfo de Andrés Allamand.

Sin embargo, demostrando lo hondo que pueden arraigar ciertas nociones de la cultura del momento, el triunfo claro y decidido correspondió a Carlos Bombal. Dobló en votos a Andrés Allamand, que sólo obtuvo como candidato a senador dos tercios de la votación que alcanzaron los candidatos a diputados de Renovación Nacional. Aunque RN mantuvo una ventaja sobre la UDI en la votación general del país, fue esta última la que logró un claro triunfo sobre su aliado en senadores; dentro de Renovación Nacional, Allamand perdía su liderazgo y la inspiración que quiso imprimirle a su partido. A las 21 horas de esa noche, un Andrés Allamand claramente afectado, derrotado, pero con entereza, reconocía su derrota y

felicitava a su adversario, que dentro de la lógica del sistema binominal no era un miembro de la Concertación sino su compañero de lista.

Es cierto que en el antiguo sistema de cifra repartidora (cuasi-proporcional) también se daba una competencia interna (agria, como en el caso de Víctor García Garcena y Armando Jaramillo en 1969). Lo que ahora no cabía duda, era que la UDI ya se consagraba como partido con amplio caudal de votos, y no sólo era una elite política de nuevo cuño. Más todavía, su *ethos* comenzaba a predominar dentro de una votación de derecha que aún estaba lejos de aspirar a una mayoría absoluta, pero que a la vez estaba muy distante del nadir de mediados de los sesenta. Incluso en plena y enardecida confrontación de 1973, el Partido Nacional sólo había alcanzado el 21% de los votos. Pero en los noventa se trata del liderazgo que se ejerza sobre un tercio y más de los votos, meta que es alcanzada por la centroderecha cuando va unida, ya que la UDI por sí sola no llega al nivel del Partido Nacional de 1973. Ahora, en el sorpresivamente lluvioso día 12 de diciembre de 1997, se tenía conciencia que ni Allamand ni, probablemente, Piñera podrían competir con el candidato que perfilaba la UDI, Joaquín Lavín. La noche anterior Carlos Bombal había declarado: “Las dos derechas no existen. Hay sólo un nuevo camino para la derecha”. Había algo más en juego que la competencia por el escaño o el puro liderazgo.

Las memorias de la transición

¿Cuál fue el camino que lo llevó a esa situación? Este libro entrega un testimonio apasionante e ilustrativo acerca de los últimos 15 años de historia del país, durante los cuales el autor desempeñó un papel protagónico y que parecía promisorio en el panorama político nacional. Escrito como respuesta a la sensación de vacío y de final que, comprensiblemente, se le apareció en la faz de la derrota, el lector podrá encontrar un muy buen retrato del autor y una buena historia contemporánea del país¹. Las historias que se han escrito sobre estos últimos años tienden a ser muy analíticas, lo que no está mal, pero pueden carecer de la sensación de inmediatez que le transmite al lector la inmersión en interesantes memorias. Las memorias de Patricio Aylwin ofrecen una buena historia desde esta perspectiva, pero los problemas de combinación de ideas, impulsos y emociones por una parte, y la desgastadora y muchas veces anárquica guerra de poder en

¹ Al comentar el libro, este punto ha sido tratado con agudeza y brillantez habitual por David Gallagher, “El derecho a la historia”, *El Mercurio*, 13 de agosto de 1999.

que consiste la política, por otra parte, están ausentes o referidos oblicuamente en la obra del ex Presidente².

Esta perspectiva sólo se advierte cuando el autor se refiere a sus rivales, casi exclusivamente los actores del gobierno militar. Aylwin trata brevemente, y de acuerdo a la política 'oficial', la experiencia de la Unidad Popular. Pero Aylwin empieza en 1973 y ha prometido dedicar un tomo al período del gobierno de Allende, lo que el lector esperará vivamente. El 'factor humano' de la política, que por cierto no excluye la pugna de visiones, no aparece cuando habla de la historia de la Democracia Cristiana durante la Unidad Popular, aunque entrega un valioso itinerario y elementos de concreción (declaraciones, fechas de reuniones, acuerdos...) que en muchas historias del período están ausentes. Un aspecto que llamará la atención del lector es el poco protagonismo que le otorga a Eduardo Frei Montalva a partir de 1973, hasta su muerte en enero de 1982; no se molesta en nombrar a Eduardo Frei Ruiz-Tagle, salvo para indicar que fue el representante de su familia en la ceremonia religiosa oficial realizada en la catedral de Santiago cuando murió su padre. A veces este tipo de recuentos parecen más interesantes que la producción profesional de la historia, más obligada a las reglas de una disciplina. No está en boga la lectura de la historia de este último tipo, aunque es básica para tener una idea acerca de la historia como *probabilidad* de conocimiento³.

Para la historia política también puede ser de utilidad el testimonio (o *memorias* restringidas) de Sergio Fernández. Aquí, además, se puede encontrar un relato más interno de la historia política de los últimos diez años del gobierno militar⁴. Es más esquemática que la de Aylwin; este último le imprime a su relato más dramatismo y una sensación casi corpórea, va exponiendo latamente —pero sin lata— las disyuntivas, dudas y rivalidades que se daban en el seno de la oposición al gobierno militar, y no oculta *algunos* errores personales de apreciación de los hechos. Las memorias de Fernández, Ministro del Interior en dos momentos claves, y en los noventa sucesivamente senador institucional ('designado') y electo por Magallanes, adquieren mucho el carácter de un largo aunque atractivo alegato defensivo. Son poco cuidadosas al momento de explicar detalles, precisiones y la sucesión día a día. El ex Presidente tiene la ventaja de un discurso

² Patricio Aylwin, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del No* (Barcelona: Ediciones Grupo Zeta, 1998).

³ Un ejemplo que, de publicarse, interesará a un amplio grupo de lectores, es la biografía de Frei padre escrita por Cristián Gazmuri, hasta ahora empantanada por el pudor a la distancia de sí mismo que es propio en la política y sociedad chilena (en todos los sectores), "Eduardo Frei Montalva. Una biografía" (Santiago, 1999), inédito.

⁴ Sergio Fernández, *Mi lucha por la democracia* (Santiago: Los Andes, 1994).

más construido y desarrollado. Es la ventaja de carácter semántico que siempre adquieren los sectores ‘progresistas’ o como se les quiera llamar, sobre los simples pero no simplistas defensores de una situación establecida. Por cierto, en Sergio Fernández el lector adivina al político formado en un medio autoritario que, *a posteriori*, debe justificar su acción en un nuevo entorno ‘discutidor’.

Con todo, las memorias de Fernández son también un útil correctivo para aquilatar con sabiduría los años del gobierno militar. Por ejemplo, frente al difícil año 1978, con el caso Letelier, el boicot de la central sindical norteamericana AFL-CIO al comercio chileno y el inminente conflicto con Argentina. Esto último, de haberse desatado la guerra, hubiera con gran probabilidad terminado con el gobierno militar chileno tal como la guerra de las Malvinas terminó con su homólogo argentino. Aylwin sostiene que, debido al control de la información por el régimen, “no sabíamos cuál era la verdadera gravedad de la situación”, y que todo se debía, más o menos, al aislamiento de Chile producto de sus propias culpas⁵. Teniendo en cuenta los contactos internacionales de la oposición, especialmente de la Democracia Cristiana con EE.UU., y lo público de los preparativos bélicos en Argentina es difícil reconciliarse con esta afirmación. Habría que pensar que en los líderes de la oposición, ya sea democrática o (todavía) de orientación totalitaria, operaba otro razonamiento semiconsiente, el de que estos desastres serían productivos para el país. Sergio Fernández añade algunos argumentos a considerarse. Culpa al Grupo de los Diez (sindicalistas influidos especialmente por la DC) de haber convencido a la AFL-CIO de promover el boicot⁶. De haber tenido éxito el boicot, hubiera mostrado el mismo doble estándar que el arresto ya hace un año de Pinochet en Londres, al momento de escribirse estas líneas. Más aún, en esa época la región estaba dominada por gobiernos militares, y Chile, además de recibir una amenaza de uso de la fuerza si no se avenía a una modificación del laudo, recurso libremente acordado en 1971, podía llegar a desmoronarse económicamente. Habría que pensar, más bien, que los líderes de la oposición de entonces escondieron la cabeza en la arena confiados en que el ‘sistema internacional’, por así llamar a toda esta situación, los rescataría de su ostracismo. En todo caso, Fernández cuenta que en diciembre de 1978 llamó por teléfono al ex Presidente Frei Montalva para agradecerle el apoyo público que había entregado a la causa chilena⁷.

⁵ Aylwin, *op. cit.*, 163.

⁶ Fernández, *op. cit.*, pp. 51-54.

⁷ *Ibidem*, p. 58.

Esto no quiere decir que se desconozca que la actividad del Grupo de los Diez era parte de un esfuerzo titánico de sectores democráticos (principalmente) de centro-izquierda por crear un punto de referencia que recordara la existencia de una sociedad civil política. A la luz de la historia no sólo posterior, sino que de todo el siglo XX, sabemos lo importante que es mantener una alternativa política moderada en medio de un régimen autoritario. La perspectiva de una Nicaragua para Chile, a la luz de lo sucedido al *interior* del país hacia 1983/1984, no parecía un futuro del todo imposible. Esto se haría patente en 1983, cuando hasta la derecha debió abjurar de su ‘olvido’ de ser un actor político y tuvo que organizarse rápidamente. Había que establecer un espacio diferente entre, por un lado, el extremismo alimentado por comunistas y por Cuba, y, por otro lado, los organismos de orden —y algunos de represión— del gobierno, que por instantes parecían ser los únicos actores públicos.

No nos alejemos del tema. Las memorias escritas son parte de un rompecabezas infinito con el que se desea construir esa parte de la realidad ‘histórica’, que es una conjunción de pasado, presente y futuro. Las memorias, sobre todo, constituyen siempre una pretensión de construir el futuro, aunque sea con una pequeña piedra testimonial. Los casos que se vieron anteriormente tienen méritos diversos. Las de Fernández hacen acopio de argumentos que muchas veces se desdeñan ciegamente en círculos intelectuales. Las memorias de Aylwin muestran una dimensión ausente en la anterior, la de la agonía personal cuando los hados parecen tan adversos. Se respira un aire del agotador proceso de negociación entre aliados, de reuniones y ‘juntas’ que por momentos parecen desarrollarse en un paisaje fantásticamente alejado de la realidad. Con todo, la política es probabilidad, y de un afiebrado grupo de amigos políticos puede salir una nueva forma de poder que impregne a un país o a una época, como disolverse al poco tiempo triste y anónimamente.

En este sentido, una crítica que se le puede hacer a Allamand es en la elección del título, *La travesía del desierto*. En relación a lo que es la política, a lo que ha sido la historia de Chile en los años setenta y ochenta, la caracterización de ‘desierto’ para retratar el derrotero de Allamand es francamente exagerada. Tuvo un ascenso meteórico que terminó en una derrota política. Pero a sus años, y conociendo los avatares de la política, aun sin que nadie (jamás) pueda decir ‘el futuro será esto o aquello’, tiene muchas oportunidades abiertas ante sí. Más apropiado hubiera sido que Patricio Aylwin titulara de esa manera sus memorias; al pensar en 1974, cuando tiene que dedicarse a la práctica profesional para sobrevivir económicamente, o al año siguiente, cuando un colapso nervioso, suponemos una

depresión, lo debe apartar de la dirección del partido, el que sobrevive, en cuanto organización, anémicamente.

Sin embargo, el libro de Allamand, frente a esos dos tipos de memorias, tiene sus ventajas evidentes. Está escrito en un estilo vivaz que combina épocas y diálogos de escenarios diferentes, pero el lector no pierde jamás el hilo de lo que se dice. Confiesa francamente que Héctor Soto lo ayudó en la redacción. Este crítico ya intervino en las memorias de Milán Platovski y aquí muestra mayor maestría. Incluso sin comillas, el lector sabe perfectamente cuándo el texto es una cita textual o es la narración del autor. Por momentos, el lector tiene la impresión de estar leyendo un *best-seller* bien construido. Pero cuando recuerda que el texto remite al ‘hacer política’ en la realidad concreta, las palabras adquieren el peso que merecen los grandes debates, cuando se refieren a problemas que definen a una época determinada. Ahí se ve que no es una obra destinada al puro éxito de ventas, sino que una apuesta a expresar un modo de hacer política que se tropieza con los hombres y con algunas tendencias epocales. La maestría de Soto conduce a preguntarse por qué el crítico no la usa por sí mismo en una obra creativa mayor.

Asesorías aparte, la escritura de Allamand revela la personalidad del autor, su empecinamiento, que lo llevó bastante lejos en la carrera política; su franca propuesta de una derecha que lograra el punto arquimédico en sostener algunas ideas generales que podrían considerarse ‘de derecha’ —en realidad, sin explayarse mucho en qué consisten—; su estrategia de articularse en un juego competitivo y cooperativo con la naciente y creciente coalición de la nueva centro-izquierda en Chile; también su estilo de polémica en las apariciones televisivas, en donde traslada los códigos del rugby, que parece ser su pasión, que ciertamente no es pura anarquía, pero que al televidente, a la audiencia, al observador desprevenido, le ha otorgado en el Chile apacible (en lo político) de los noventa una fama de hombre conflictivo. Este libro es su alegato defensivo; pero en cierta manera lo confirma en su actitud desafiante.

Allamand parece caer en conflicto con casi todos con quienes trabaja o colabora. Es una manifestación de una carrera política en la que se desea dejar huella de un ‘proyecto’, de una idea, aunque no esté verbalizada en una teoría o aparato complicado, recursos que generalmente terminan en la puerilidad pretenciosa, que es el pecado de algunas obras de este tipo. Allamand pone como su horizonte lo que una vez le dijera Pedro Ibáñez Ojeda, de jamás tener miedo a expresar las ideas propias, aunque se vaya a contrapelo de las tendencias del momento. Esto es importante tratándose de un líder de derecha como Allamand, que quiere convivir con una centro-

izquierda a la que su cultura política le llama, incluso en estos tiempos, a vivir de acuerdo a los ‘signos de los tiempos’ dentro de su reducto. Allamand aparece muchas veces ser un alumno aplicado; lo deja pensando el consejo de Jaime Guzmán, que sobre los cuarenta años —presumimos que se refiere a un político— no se debe leer demasiado; hay que pensar y actuar.

Por otro lado, el rasgo de agresividad, la enumeración de tareas que siempre repite en sus apariciones, y las causas que encabeza y que transpira el libro pueden interpretarse como una exposición franca de la vida cotidiana del ‘hacer política’, que está tratado de forma oblicua por Aylwin y que está prácticamente ausente en Sergio Fernández. Para qué hablar de las otras obras de líderes recientes, que son más bien análisis mejor o peor logrados (o las dos cosas) de la historia reciente, pero que no entran en la cuestión crucial del *homo politicus* en la acción⁸. En esto, el libro de Allamand es crucial y quizás el mejor testimonio surgido de esta oleada de las últimas dos décadas de escritos de actores políticos y sociales. Claro está, se echa de menos una mayor consideración a planes, programas y propuestas de políticas específicas. Es decir, falta especificidad en las metas, aunque ciertamente a veces el ‘hacer política’ hace humo cualquiera planificación previa.

Política y testimonio histórico

Este libro se añade a una relativamente numerosa literatura testimonial que se ha escrito en las últimas dos décadas, como parte de los cambios en la cultura política del país. A mediados de siglo había una bajamar en este tipo de obras. Un observador habría podido detectar en el desinterés en dar cuenta por escrito, es decir, en la literatura de ‘memorias’ y ‘autobiografía’, un rasgo crítico de la cultura política de los tiempos del ‘Estado de compromiso’⁹. Se carecía de un elemento imprescindible para establecer un aprendizaje y transmisión de ese pensar a un país ‘como un todo’, que es una de las misiones de la política.

⁸ Entre éstas, la más ambiciosa, con escasos pero valiosos elementos de ‘memoria’, o ‘testimonio’, si se quiere, es la de Edgardo Boeninger, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad* (Santiago: Andrés Bello, 1997). Otra es la de Julio Canessa y Francisco Balart, *Pinochet y la restauración del consenso nacional* (Santiago: Impreso en “Geniart”, 1999). Las memorias de los almirantes Ismael Huerta Díaz, *Volvería a ser marino* (Santiago: Andrés Bello, 1987), y de José Toribio Merino, *Bitácora de un Almirante. Memorias* (Santiago: Andrés Bello, 1998), no pueden ser consideradas en este contexto, en el que se analiza la transición y el nuevo período político, es decir, ca. 1983-1999.

⁹ Joaquín Fernando, “Autobiografía y memoria colectiva”, *El Mercurio*, 8 de julio de 1981.

La carencia era también parte de una ‘crisis de la conciencia histórica’, según una expresión repetida y repetida, pero que en este caso es adecuada. Un signo clarísimo acerca de la debilidad de la mentada ‘memoria’ en nuestro país es que la clase política no incluía en su lenguaje una reflexión sistemática acerca de su propia historia contemporánea. Tampoco se estudiaba en el medio académico, ni existía el ejercicio de pensar analíticamente la historia reciente como parte de un presente vital. Es cierto que Chile era y es un país con una cultura colectiva que muestra una fuerte imagen histórica (o, si se quiere, un relato acerca del pasado que adquiere un valor de canon), pero en el siglo XX los chilenos han mostrado escasa inclinación por la lectura de la historia¹⁰. Ha habido algunos puntos de referencia que parecen desmentir esta idea, como el éxito hasta hoy de la *Historia de Chile* de Francisco Antonio Encina; más lateralmente, las de Arturo Olavarría, y en un momento de silencio político, las memorias de Gabriel González. Pero era un panorama paupérrimo.

Las batallas políticas de los años sesenta y comienzos de los setenta estaban fuertemente cargadas de argumento ‘historicista’ (‘la historia enseña’, ‘la historia nos ordena’, ‘las leyes de la historia’, ‘nos dejará el carro de la historia’...), como expresión política de las filosofías de la historia del siglo XIX. Esto es parte de la armazón de la política moderna, en la cual el argumento de quién es el que ‘entiende’ la historia juega un papel sustantivo a la hora de ganar lealtades. Ya sea porque se descubre la sucesión de ‘etapas’ en la que se está desarrollando la historia hacia algún futuro ineluctable, o porque se encuentra una estructura ‘inamovible’ del ser humano en la historia, el lenguaje de la política se nutre sustancialmente de la posesión de la clave que desentrañaría la real conexión de nosotros con lo que demanda el tiempo histórico¹¹. Pero no había cultivo de la historia reciente en forma de ‘memoria’, lo que vuelve muy dudosos algunos comentarios sarcásticos acerca de la falta de memoria en el Chile de los noventa. Desde un punto de vista historiográfico se podrá dudar del valor de este documento, la memoria y la autobiografía. El peligro sólo reside cuando una obra aparece aislada. En cambio, las memorias como género constituyen una fuente valiosa de aprendizaje, porque paulatinamente se va

¹⁰ Joaquín Fernandois, “La historiografía y el público”, *El Mercurio*, 22 de abril de 1981.

¹¹ En el sentido que ya clásicamente le otorgan Albert Camus, *L’homme révolté* (París: Gallimard, 1991), esp. 284-306; Raymond Aron, *El opio de los intelectuales* (Buenos Aires: Ediciones Leviatán, 1957; original, 1956), esp. pp. 137-198; Karl Popper, *La miseria del historicismo* (Madrid: Alianza Editorial, 1984; original, 1944/45), pp. 90-117; Isaiah Berlin, “Historical Inevitability”, *Four Essays on Liberty* (Oxford, Nueva York: Oxford University Press, 1969), pp. 41-117.

formando un metro que un autor no podrá ignorar sin más. Se podrá hablar con legitimidad acerca del ‘malestar con la política’ en el Chile de los noventa, pero este género de escritura ha sido una suerte de contra-corriente que entrega un atisbo de esperanza acerca de la consolidación de una cultura política creativa en Chile.

La calidad varía; la profundidad, la sinceridad, la posibilidad de observación y de autoconocimiento también son marcadamente diferentes. Con todo, en una época de crisis de la lectura de libros, han proliferado los testimonios acerca del Chile reciente. Cuando se habla tanto de ‘memoria’ (no pocas veces, para ejercer la *desmemoria*), hay que indicar hacia este fenómeno que muestra otra cara de su clase política y que tiene una intensidad antes no vista. Recientemente, las memorias literario-políticas como las de Volodia Teitelboim, las de un empresario con asomo peculiar a lo público como Milán Platovsky, o las mismas de Miguel Serrano; las de Hernán Millas (antes las de su hermano, Orlando Millas), el libro de Edgardo Boeninger, las memorias del ex Presidente Patricio Aylwin y ahora las de Andrés Allamand, cuentas de un largo rosario, indican hacia un fenómeno nuevo. Desde un punto de vista estrictamente político, estas dos últimas resultan ser bastante ricas, por más que no oculten ni pretendan ocultar el carácter eminentemente testimonial que presentan.

El libro que aquí principalmente nos interesa, el de Andrés Allamand, representa un caso bastante excepcional, y es que se trata de lo que el autor ve como la historia de un proyecto perdido. Podría ser visto como la contrapartida de la obra de Sergio Bitar, *Socialismo y democracia en Chile* (1978), aunque éste tiene escaso elemento testimonial, siendo más que nada un análisis. Sin embargo, lo curioso en Allamand es que se trata de la historia de una derrota que se extiende por más de una década, a pesar de que en esencia, al menos en la esfera de las ideas políticas, al revés del Bitar de los setenta, sus ideas aparecen ser las dominantes en el curso de los noventa. Y Allamand fue actor de ese proceso de legitimación de las ideas que reconciliarían, no sin mala conciencia en algunos, a la democracia con la economía de mercado. Esto será un lugar común a fines de los noventa, pero el que estuvieran separadas durante décadas, producto tanto de las condiciones chilenas como de la política mundial percibida por los chilenos, fue una de las vías esenciales que llevaron a 1973. Las paradojas a las que alude Allamand tienen mucho que ver con los cambios que surgieron como una *aceleración* de la historia, que siempre aparece como algo de burla para algunos de sus actores, y que en otros los tienta a una adaptación que tiene mucho de oportunismo e hipocresía. Sin embargo, en

la construcción de los ‘principados’, como diría Maquiavelo, la inhalación de un determinado aire es lo que cuenta en la consolidación de la obra.

El ‘hacer política’ en la izquierda y en la derecha

El libro no es sólo un aporte de historia reciente y de historia de la transición en Chile, es sobre todo una historia de la derecha en Chile. En Iberoamérica, Chile ha sido de los pocos países en que el sistema político ha obedecido a lo largo de casi todo el siglo al eje derecha-izquierda; y aparentemente lo sigue haciendo. Para los observadores externos, el que haya existido una izquierda fuerte ha sido siempre un hecho de interés y de comprensión. Se supone que es la expresión de un sociedad frustrada, ‘periférica’ y de marcadas diferencias sociales. En cambio, que haya existido y exista una derecha les parece sencillamente una aberración. En los países vecinos, y en general en la región, siempre alguna coalición u otra ha ejercido en los hechos el papel de ‘izquierda’ o ‘derecha’, pero raramente se han denominado a sí mismas con esos apelativos.

En el caso chileno hay una continuación relativamente explícita de esta función, lo que es mirado como una rareza. Que la izquierda chilena hace treinta años haya determinado que el mundo se caracterizaba por una transición hacia el socialismo, no les llama tanto la atención como la supervivencia de una derecha que mantiene una visión cultural conservadora, aunque de hecho es políticamente más liberal que, por ejemplo, los sectores política y socialmente conservadores de los Estados Unidos. Lo importante es que en un país donde tanto se ha analizado a la izquierda (o a las ‘fuerzas del cambio’), la derecha no provocó el mismo interés ni público ni académico. Sólo se la ha estudiado como *parte* del gobierno militar; casi nada como un actor político de larga duración¹². Éste es un motivo adicional para escudriñar este libro como parte de las potencialidades y limitaciones de desarrollar una política de derecha en Chile.

A decir verdad, desde la constitución verbal de una ‘derecha’ en Chile, es decir, desde los años treinta, los hombres de la derecha (aunque no siempre se reconozcan expresamente como tales) han mostrado reticencia al debate de ideas y a exponer su trayectoria como parte de esa distancia ante la conciencia histórica inmediata, a la que antes se aludía. Pero también por otro motivo.

¹²De las excepciones, está Isabel Torres y Tomás Moulian, *Discusiones entre honorables. Las campañas presidenciales de la derecha* (Santiago: Flacso, 1987).

Mientras el hacer política de derecha se hace casi *generalmente* a partir de una posición concreta en el sistema social, y el mundo de las ideas es como un instrumento que se refina a partir de una toma de posición política, en la izquierda, y en el centro para el caso, es muy diferente. Parafraseando a Max Weber, los políticos de la derecha han vivido *para* la política. Los políticos de la izquierda —y del centro— *además* han vivido casi enteramente *de* la política. No se quiere decir algo peyorativo acerca de ‘los políticos’. Académicos e intelectuales viven no sólo *para* la academia o el debate público, sino que también viven *de* ellos. Y así sucesivamente para los hombres de armas, de la judicatura y del mundo eclesiástico, y otros más.

En la política chilena, al pensar el eje izquierda-derecha, esto ha presentado una cara quizás peculiar, a la vez que no es una situación exclusiva del país. Mientras la base fundamental de la izquierda ha estado tradicionalmente en su aparato, en la derecha ha estado principalmente en la función, en el oficio, en la propiedad. Esto no podría definirse meramente como *establishment*. La izquierda pudo construir un aparato que en las vinculaciones sociales y políticas internacionales, por ejemplo, ha llegado ser mucho más formidable que el de la derecha. Las instituciones paraestatales de los tiempos del ‘Estado de compromiso’, o los partidos políticos de centro y de izquierda, con sus lazos a través de algunos estudios de abogados, el poder político-sindical, constituyeron otros tantos soportes del ‘sistema’ como el que tenían los sectores de derecha.

Para la izquierda, animar ese sistema era parte del aliento de vida de la cultura política de la que se alimentaba y que le permitía ser ‘alguien’. Por añadidura, la izquierda se basa en un ‘deber ser’ de las cosas que es el soporte del empeño por dominar el mundo del debate público. El constituir la legitimidad del lo que va *siendo* es la esencia de la izquierda, y de ahí que quizá su principal centro de poder lo haya sido siempre el mundo de la cultura. El punto de fuga de la izquierda lo ha sido la idea de una gran *transformación* que se adivina en una extrapolación a través del pensamiento —no pocas veces, a través del arte o del medio estético— y de la polémica de situaciones disonantes de la ‘realidad’.

Casi a la inversa, la derecha se funda en la afirmación de un ‘es’ de las cosas, la estructura inscrita en la realidad, la que se puede mejorar pero no cambiar en lo sustancial. Es el elemento conservador que está en toda derecha, aunque no la defina por entero. Si a esto se le añade que la base de sustentación de la clase política de derecha ha sido generalmente la actividad privada, se ve que la preocupación por la batalla de las ideas es menor, y de ahí la lejanía que, en general, mostró la derecha en Chile hacia el mundo intelectual y de las ideas. Esto explica una parte del cuadro, aquella

del ‘hacer política’. Si leemos las páginas de *El Mercurio* a lo largo de gran parte del siglo, o de ciertas épocas de *El Diario Ilustrado*, se encontrará una presencia maciza de un mundo de las ideas y sensibilidades culturales que podían alimentar a la derecha. El político de derecha, en cambio, estaba menos interesado en el mundo de las ideas. En los momentos de la bajamar de las circunstancias, en los años sesenta, esta falencia fue un motivo importante en la pérdida de legitimidad de las ideas de derecha y, finalmente, jugó un papel indirecto, causal, en la crisis del sistema político.

La derecha tenía fuertes personalidades de las que emanaba un mundo de sensibilidades y de orientaciones políticas, pero no un universo de ideas. Jorge Alessandri es un símbolo de esta situación. Desde luego, a veces eso basta y sobra para hacer gran política. Pero en situaciones de desgarró en la política moderna, las ideas pueden demoler sabia o suicidamente cualquier equilibrio. La derecha tenía ideas latentes, pero que podían llevar por caminos contradictorios, como se resumen en la personalidad de Sergio Onofre Jarpa, una suerte de contrapunto dramático que recorre el libro de Allamand. Francisco Bulnes podía desarrollar de manera elegante un discurso político que mostraba un punto de fuga intelectualmente inspirador. El caso más promisorio, y más original, fue el de Pedro Ibáñez Ojeda, cuyos discursos en el Senado, de 1961 a 1973, demuestran un intelecto vigoroso y argumentativo, pero no alcanzó a formar ‘escuela’ antes de 1973. Como se ve, eran casos aislados y no constituyeron un polo de orientaciones pensantes que hiciera de contrapeso al irresistible ‘cambio del sistema’, que se enseñoreó de gran parte del país hacia fines de los sesenta.

Por añadidura, aunque la derecha hunde sus cimientos en una fuerte pero poco articulada cultura política, su organización tiende excesivamente al caudillismo. En este sentido, Allamand invoca un análisis de Juan Luis Ossa —quien, junto con su mujer, Lucía Santa Cruz, ocupan en el libro un espacio importante en el devenir de RN— al respecto:

Una idiosincrasia marcadamente individualista y con frecuencia egoísta, que se afana en alcanzar éxitos personales mientras observa con indiferencia la actividad pública o mira con recelos los partidos, en cuantos éstos podrían exigir algún compromiso o limitar la autonomía personal. [De ahí] la espontánea adhesión de muchos derechistas hacia los caudillos políticos de tipo personalista, hábito que, por una parte, permitía a ese electorado desentenderse de la actividad política y, por la otra, delegar sus responsabilidades en expectativas mesiánicas (p. 111).

Hay que anotar que el caudillismo (relativo) es una característica distintiva en casi todas las ‘derechas’ del mundo, aunque el eje izquierda-

derecha se transforme *casi* hasta lo irreconocible¹³. En la ‘derecha tradicional’, término vago pero con el que se alude a los años que van desde comienzos de los treinta hasta mediados de los sesenta, la legitimidad o reconocimiento social en un círculo restringido, pero paradigmático, otorgaba un refugio al que el político podía retirarse cuando las cosas no iban bien, en momentos de prueba que no se quería afrontar, o por simple comodidad.

La gente de derecha ocupó un puesto importante pero incómodo durante el gobierno militar. Al finalizar, pudo gozar de sus puntos favorables, y en votos no fue castigada (¡al contrario!) por sus sombras. Pero de 1973 a 1983 se autodisolvió con extraña alegría en lo que parecía un eterno desperfilamiento. El gobierno militar habrá podido representar muchas ideas y objetivos de una política de derecha, pero como grupo político parecía tan condenado a desaparecer como los partidos marxistas, aunque en la derecha por feliz suicidio. Entretanto, los cambios intelectuales y políticos que condujeron al fin de la Guerra Fría, y que facilitaron la transición en Chile, también trajeron nuevos problemas al hacer política en Chile. El ‘malestar con la política’ tenía que afectar el reclutamiento de una nueva clase política. Quienes principalmente fueron electos en diciembre de 1989, en los dos bandos, habían absorbido lo principal de los cambios, pero generacionalmente eran representantes, en su mayoría, del mundo de antes de 1973. Las ‘dinastías políticas’, tan comunes en la izquierda y en la derecha (y en el centro), tendrían menos efecto en la política de los noventa. La movilidad social que antes había entregado la política, o la afirmación social en muchos miembros de la derecha, influiría menos en un medio cultural en el cual ‘hacer política’ tenía ahora un grado notorio de menor prestigio en la vida social del país (y del mundo). ¿De dónde saldrían los nuevos políticos?

La derecha, a pesar de su mimetización durante el gobierno militar, pudo sacar nuevamente la voz política en la segunda mitad de los ochenta. No es casual que la recuperación de una cierta política de derecha en los años ochenta estuvo vinculada a la ‘reforma económica’ inspirada por los economistas asociados comúnmente a la ‘escuela de Chicago’. En cierta manera, hicieron de intelectuales públicos de ideas económicas, a pesar de que casi todos ellos eran ajenos a vincular el argumento económico al de una visión más amplia de la sociedad. Con todo, encontraron un tipo de

¹³ Joaquín Fernandois, “¿Qué futuro tiene la diada derecha-izquierda?”, *Estudios Públicos*, 60 (primavera de 1995). Este artículo comentaba otro anterior de Arturo Fontaine Talavera, “Significado del eje derecha-izquierda”, *Estudios Públicos*, 58 (otoño de 1995).

amplificador hacia un lenguaje político más amplio en gente como Jaime Guzmán, inspirador de toda una generación.

Ciertamente Guzmán se conectaba con ideas políticas generales de no poco peso, aunque fuera del foco central de las ideas *políticamente* liberales. De esta manera su articulación con un liberalismo económico revigorizado tendió a favorecer primero, hasta mediados de los ochenta, una suerte de ‘democracia autoritaria’ y, después, una ‘democracia protegida’. Sólo hacia el plebiscito, y poco después, pasarían a articularse las ideas políticas de derecha en el nuevo medio democrático. Pero, a mediados de los ochenta, cuando los que habían creído en un receso indefinido hacia fines de 1973 cayeron en la cuenta que había que sacar una nueva hornada política, tuvieron que confiar no sólo en quienes habían aparecido en la acción pública durante el gobierno militar, sino que esperar el surgimiento de líderes que se identificaran con la legitimidad de los nuevos tiempos, que desde luego iba a ser democrática, sin apellidos; es decir, se iba a orientar, por consenso prácticamente absoluto, hacia el ‘modelo occidental’: un sistema democrático inspirado en el liberalismo político, al cual le era inherente una sociedad civil económica plenamente legítima, aunque sumando todas las protecciones sociales compatibles con políticas económicas que mantuvieran una lógica mínima. Es en este escenario donde aparece con singular fuerza la figura de Andrés Allamand.

Entre dos movilizaciones, 1973 y 1983

El libro es una cuenta de la vida política del autor desde que es llamado por segunda vez a la política, en 1983, hasta la derrota electoral de diciembre de 1997. Trata de su surgimiento como el líder más promisorio de gran parte de la derecha. Por su edad, no tuvo una participación marcada en el gobierno militar, y sólo aparece cuando la derecha política se ve obligada a organizarse políticamente en el momento en que las movilizaciones podrían llevar a una caída estrepitosa del gobierno militar. Muchas veces ha sucedido de esta manera; en Chile, las circunstancias eran parecidas a las de 1931 y no pocos, a pesar de tratarse de un país desmemoriado, hacían esta comparación. Sectores de la derecha tradicional, pero no necesariamente tradicionalista, que sentían que para defender al gobierno militar, y a la vez legitimarse en un espacio político nuevo, sin tutelas ni un padrino en el cual refugiarse, debían actuar con autonomía. Éste fue el origen de Unión Nacional, principalmente bajo el liderazgo de Pedro Ibáñez y Francisco Bulnes. Es de aquí de donde arranca la carrera de Andrés

Allamand, que hace de puente entre las generaciones de ‘honorables’ y un nuevo modo de hacer política que llegara a lo que se esperaba fuese un electorado joven.

Es el momento en el que nace la carrera de Allamand, que por un tiempo parecía meteórica, y de la constitución de lo que sería una suerte de proyecto de ‘derecha liberal’, a la que se entendía como ‘moderna’, en contraposición a la que se armaba en torno a la UDI. Esta última salió a la palestra desde los sectores que seguían a Jaime Guzmán, el líder político más influyente al interior del gobierno militar, quizás el mayor inspirador de la Constitución de 1980. Se pensaba que una derecha identificada completamente con el proyecto Pinochet (la ‘democracia protegida’, o, en el peor de los casos, un plebiscito en 1989 del corte del de 1980) no tendría futuro en el nuevo escenario. En cambio se requería una derecha que pudiera intermediar para dar respuesta a un gran deseo del país de mediados de los ochenta, el de transitar hacia una democracia y a un pleno Estado de derecho, pero no a costa de arruinar lo alcanzado ni de convertir al país en una cancha de enfrentamiento permanente. El que se apoderara de la fórmula y la articulara, ése podía ser el hombre del futuro. Debía ser alguien identificado con lo que podía ser la derecha; no podía ser meramente un ‘hijo de la dictadura’, como dice el estribillo común con el que se pretende descalificar a quienes trabajaron en el gobierno militar. Es aquí donde Andrés Allamand cumplió un papel fundamental.

Nace en 1956, según dice, de una familia de clase media, nieto de inmigrante. A la vez, por educación, contactos y energía propia, Allamand llega a ser miembro de una familia de elite, algo nada de inusual en Chile, en donde los sectores altos han sido siempre permeables a las nuevas fuerzas, aunque éstas tengan que adoptar gustosamente sus ritos. Educado en el Saint George —hace treinta años, el símbolo de la ‘buena educación’—, salta a la política retomando un aire mesocrático al ingresar al Liceo Lastarria para poder representar a la derecha en las elecciones de la Federación de Estudiantes de Enseñanza Secundaria (FESES).

Para quien no acostumbre a pensar en categorías históricas, desde la distancia puede ser difícil comprender cómo podían tener importancia las elecciones de los estudiantes de secundaria. Es útil recordar que en ese país desquiciado, archipolitizado, existía una federación de estudiantes de enseñanza media fiscal (FESES), que era una de las tantas trincheras de batalla política y que jugó un papel en el enfrentamiento por la Escuela Nacional Unificada (ENU), en abril de 1973, un hecho no pequeño en el descalabro final del sistema. Políticamente, Allamand es descendiente de la ultramovilización de esos años, sin parangón en la historia del país. Ahí recibe el

apoyo del Partido Nacional. Es la ocasión en que conoce a Sergio Onofre Jarpa, que con los años lo ayudará a escalar posiciones de relevancia nacional y después, por razones casi inescrutables, se convertirá en su *bête noire*. Al poner el pie en las FESES, un terreno antes vedado a la derecha, Allamand pasa a ser una figura pública con acceso a diarios, radios y hasta la televisión. Le toca participar en una emboscada en el que partidarios armados de la Unidad Popular hieren a militantes desarmados del Partido Nacional, todo un símbolo de la confrontación política en los tres años de la Unidad Popular. Si los hombres de armas no salían de sus cuarteles, el destino del país sería decidido por la paramilitarización civil. En este campo, la izquierda sí que estaba preparada y era claramente más aguerrida, lo que se demostró en mil y una ocasiones. El “No a la guerra civil” era parte de una política de aislamiento de las fuerzas armadas, hasta que un día se despertara el país con el hecho de que *de facto* había cambiado la ‘correlación de fuerzas’. Pero el torbellino de esos años terminó por arrastrar también a los uniformados.

La reacción de Allamand al 11 de septiembre y al gobierno militar fue típica de gran parte de la derecha. Se dedica a la vida privada y lo demás ‘no existe’. Podría haber participado en el gobierno, pero afirma que él y gente como él se vieron excluidos por el gremialismo de Jaime Guzmán, que coparon todos los espacios concedidos a la juventud que trabajó para el gobierno militar. Termina la enseñanza media de nuevo en el Saint George y estudia derecho en la Universidad de Chile, para volcarse en su práctica profesional, confesando que le fascina la vida de juicios. Escribe su testimonio de los años de la Unidad Popular, *No virar izquierda* (Santiago, 1975). Básicamente, sin embargo, la política deja de interesarle.

El que haya cambios de este tipo en la vida de un hombre, joven por añadidura, no tiene nada de raro. Con todo, no podemos dejar de ver que ello se integra dentro del ‘hacer política’ de la derecha en Chile, que se retira a su casa cuando ya sea la suerte o el favor le abandonan, o cuando, como en los setenta, considera que otros hacen bien su trabajo. Allamand cita en su defensa, es decir, disculpando su falta de preocupación por, v. gr., los derechos humanos, actitudes al comienzo parecidas en el público demócrata cristiano, incluso entre sus dirigentes. Algo hubo de eso, pero en las memorias de Aylwin encontramos recuerdos de una vocación política en momentos adversos de los que la derecha tiene que aprender. Este problema, este tránsito caprichoso de la derecha entre lo público y lo privado, es un problema constante que llevó a un yerro político que pudo ser fatal después del 4 de septiembre de 1970 (Alessandri se amurra y se va a dormir sin dar una palabra de aliento a sus votantes), y que tiene su fatali-

dad moral y política en el período que va entre las dos movilizaciones, la de 1972-1973 contra la Unidad Popular; y la de 1983-1986 contra el gobierno militar.

Por sintomático que sea de un problema cívico de la derecha, Allamand era demasiado joven como para sacarle en cara el silencio de casi toda la derecha ante los problemas de derechos humanos. Anotemos, de paso, que si hombres de derecha hubieran sido más activos en refrenar los excesos iniciales del gobierno militar —especialmente entre 1973 y 1976 inclusive—, la memoria de ese régimen sería diferente en Chile; tendría defensa mucho más creíble. Anotemos también que ello no hubiera incidido en el extranjero. Pinochet estaría de todas maneras preso en Londres por 200 o 300 muertes del 11 de septiembre y los días siguientes. En todo caso, nada nos dice que no debemos creerle al autor cuando afirma que este problema le hizo después tomar una distancia frente a estos aspectos del gobierno militar, diferenciándose específicamente de la política de un Jaime Guzmán. Por cierto, aquí no hay nada que pueda parecerse a la labor titánica desplegada y recordada por Aylwin; o a la franca defensa que Sergio Fernández efectúa de su labor como Ministro del Interior, en lo que fue un cambio, aunque escasamente una apertura.

Los años del reingreso de la política y del Acuerdo Nacional

Que Chile fuera una taza de leche gracias al gobierno autoritario (aunque sin sus aspectos más horribles, a partir de la disolución de la DINA en 1977), no podía mantenerse por siempre. La larga tradición política y el contexto cultural del mundo decían que eso no era para siempre. La crisis económica que se desencadena a mediados de 1981, pero que se hace sentir con toda su fuerza por dos años a partir de mediados de 1982, proporciona el escenario a lo que llegó a parecer una revuelta popular imparable. Fue una nueva crisis como la de 1975, pero esta vez sin esperanza. Así parecía entonces. El gobierno daba palos de ciego ante el descontrol y la aparente aniquilación de sus políticas económicas. La devaluación del peso ante el dólar, la serie de quiebras e intervenciones, la cesantía que vuelve a llegar a cifras estratosféricas y el hecho de que al aislamiento político internacional se le podía agregar un aislamiento económico (temor que permaneció hasta fines de 1986), entregaban un panorama de incertidumbre total. La base de la legitimación del régimen, la ‘modernización económica’, se venía abajo como castillo de naipes. Parecía que 1931 se repetiría de nuevo. Incluso se llegó a formar, en los murmullos del barrio alto, la misma ‘rebelión de notables’ que había antecedido a la caída de Carlos Ibáñez.

Pinochet recibió el mismo castigo que Allende: entre mayo y agosto de 1983, una serie de ‘protestas’ de ‘cacerolas vacías’ crearon un clima de confrontación pública, y rápidamente se llegó a una violencia tal que parecía que el ‘mito’ de Georges Sorel, de la huelga general revolucionaria, se había hecho realidad. En ese terreno, aparte del protagonismo del terrorismo poderosísimamente organizado de los comunistas, con su brazo del Frente Manuel Rodríguez (FMR); del que ejercía la CNI, o de los toques de queda y hasta varios ‘estados de sitio’ entre 1984 y 1986, sólo estaba la presencia política de la oposición en la naciente Alianza Democrática, la todavía frágil coalición de centro-izquierda. Si no aparecía una derecha política, o el gobierno militar podía perpetuarse como pura dictadura, o verse arrastrado a una caída violenta, frente a lo cual la Alianza no haría mejor papel que los liberales en Rusia después de la Revolución de Febrero, en 1917.

En este escenario, en el que por lo demás surgen infinitas fracciones políticas —alrededor de una cuarentena—, se vuelve a rearticular la derecha en dos grandes vertientes, de acuerdo a una más que centenaria tradición. Pero, como siempre, se trata de capitanes sin muchos soldados, aunque tengan tras de sí, tácitamente, a una parte del país social. Es aquí donde Jarpa y Allamand vuelven a juntarse. El primero había sido llamado al Ministerio del Interior en un momento de grave aislamiento y de pérdida de estrategia política de parte del gobierno militar. Aunque completamente leal a Pinochet —en esto nadie lo puede criticar—, en esos momentos, agosto de 1983, representaba con todo un aspecto aperturista, como manera de entrar en un juego político con la Alianza Democrática, para detenerla y evitar así una confrontación desgarradora y de imprevisibles consecuencias.

Jarpa representaba también una línea económica más en consonancia con la derecha tradicional del ‘Estado de compromiso’ y de las intervenciones de Jorge Alessandri en 1982 y 1983, a diferencia de los economistas del gobierno militar. Jarpa se transformó, al interior del gobierno, en el contendor de Carlos Cáceres, quien, aunque manejando hábilmente una nave azotada por un tifón, parecía no cambiar mucho el programa de Sergio de Castro y los llamados ‘Chicago boys’. Estos últimos tenían el apoyo de los gremialistas de Jaime Guzmán, más identificados con el programa económico y con el espíritu y la letra de la Constitución de 1980, mientras que Jarpa estaba dispuesto a flexibilizarla en algunos aspectos. A su vez, como Allamand cuenta que le observó un visitante inglés, Chile era un país donde los únicos organizados eran los adversarios del gobierno (p. 48). Nada de raro en un sistema autoritario.

Nos detenemos un tanto en este asunto, porque explica la racionalidad de la (re)aparición de Allamand en la escena política. Es llamado a

conformar un equipo político para defender el programa tácticamente flexible, con algunas modificaciones estratégicas, del ministerio de Jarpa en esos días tensos. En el fondo, Jarpa jugó la carta ‘aperturista’, mientras que Sergio Fernández, desde un semirretiro, actuaba como guardián del espíritu integral de la Constitución de 1980. Jarpa, para poder descomprimir la situación resbaladiza de esos años, necesitaba de un parachoques político. Y los políticos ‘a la antigua’ de la derecha, pero a la vez preocupados de una nueva orientación, como Pedro Ibáñez y Francisco Bulnes, rescataron el antiguo nombre de Unión Nacional, que en un país desmemoriado a nadie se le ocurrió asociarla a la ‘canalla dorada’ de 1920¹⁴. Allamand apoyó decididamente a Jarpa en sus planes políticos, en las ‘leyes políticas’ de las que tanto se hablaba entonces, y que crearon una atmósfera que, aunque no terminó con la violencia creciente de las protestas y del terrorismo, apartó a una parte de la población del movimiento contestatario.

Parte del programa de Jarpa, del Jarpa de entonces, era convocar a elecciones legislativas en un cierto plazo. Sergio Fernández se oponía, tal como lo había hecho en las discusiones finales para la Constitución de 1980. Pero una vez formada la UDI, en septiembre de 1983, entre sus propuestas estaba esa convocatoria. Aquí comienza un patrón que se repetiría hasta el fin de esta etapa de la carrera de Allamand: sus ideas son rechazadas por la UDI y sectores políticamente más ortodoxos de la derecha¹⁵, para después ser adoptadas por ellos, y de esta manera ganar la apuesta política. De hecho, esto sigue con la candidatura Lavín al momento de escribirse estas líneas.

Más todavía, Jarpa desplaza a Carlos Cáceres del Ministerio de Hacienda, incorporando a Luis Escobar Cerda y a Modesto Collados como dupla en el terreno económico. Gremiales, Chicago boys (algunos cincuentones, por lo demás) y los empresarios ‘de nuevo cuño’ (por así llamarlos) y partidarios de una ‘democracia protegida’ se alinean en contra de la Unión Nacional, aunque en muchos sentidos conservan un interés común¹⁶.

¹⁴Nos referimos a las cruciales elecciones de 1920, en que la coalición (liberal) derrotó a las fuerzas más conservadoras de la Unión Nacional representadas por Luis Barros Borgoño. Aunque no se puede decir qué hubiera sido de un gobierno de Barros, frente a la imagen que ha quedado, de representar a un mundo periclitado, se debe recordar que elementos visionarios como Francisco Antonio Encina y Guillermo Subercaseaux le otorgaron un activo respaldo. René Millar, *La elección presidencial de 1920. Tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario* (Santiago: Editorial Universitaria, 1981), pp. 135-140.

¹⁵ ‘Ortodoxo’ en sentido de la ortodoxia de la defensa del gobierno militar desde un punto de vista de derecha.

¹⁶ Esto está narrado por Edgardo Boeninger, con algo de esquematismo, *op. cit.*, pp. 304-307.

Por otro lado, en esta última formación había genuinos partidarios del gobierno militar, que sólo se organizaban políticamente ante el peligro de un vacío político. Con todo, como observa Allamand, la misma violencia que asumían las ‘protestas’, junto al desarrollo de la campaña terrorista del FMR, le dio un espacio político de maniobra a La Moneda, e hizo que la Alianza Democrática, que al comienzo había planteado demandas ‘maximalistas’ (renuncia de Pinochet) se viera estrechada en su campo de acción. Las protestas aumentaban en violencia y en capacidad de paralización; pero era visible cómo sectores de clase media y hasta algunos de origen popular se apartaban de ellas, aunque todavía no se sentían en la piel los efectos de la reactivación.

Esto permite a Pinochet retroceder de sus promesas e imponer el estado de sitio, lo que por momentos lo lleva a una confrontación con el Cardenal Francisco Fresno, en muchos sentidos un moderado que trataba de favorecer una salida consensual. Jarpa pierde su base de apoyo y a comienzos de 1985 es reemplazado por Ricardo García. En ese ministerio aparece Hernán Büchi, incongruente con su melena en medio de la ‘escena militar’ que había dominado las formas de estos años (no sólo cuello y corbata, sino que pelo corto, de acuerdo a lo que la moda considerara ‘corto’). Aquí comienza la parte más pública y más brillante de esta figura original, no controvertida en su eficacia económica. Sergio Fernández dice que lamenta no haber podido trabajar más con Jarpa, con quien tuvo muy buena relación en los noventa en el Senado¹⁷. Aylwin relata estos episodios más desde un punto de vista de ‘historia positiva’, destacando la ‘represión’, pero no preguntándose si la política de la Alianza Democrática, de desentenderse de la violencia, no la había apartado de la posibilidad de una mayor presión política¹⁸.

Entre 1986 y 1987, en cambio, como parte de la aceptación táctica pero expresa de la Constitución de 1980, existe de parte de la oposición democrática una condena más clara y creíble del terrorismo y de la violencia, ya no la condena retórica y algo beata como hasta ese momento. Las armas de Carrizal Bajo y el atentado a Pinochet habían abierto los ojos a muchos acerca del tipo de polarización que amenazaba al país: no entre demócratas y autoritarios, sino que el tránsito de una dictadura a otra. Además no se sabía nada acerca del fin de la Guerra Fría, por lo que el panorama podía ser muy inseguro. Allamand apunta certeramente que Pinochet adquiriría nuevos bríos y podía pensar en ‘proyectar el régimen’, es

¹⁷ Fernández, *op. cit.*, p. 204.

¹⁸ Aylwin, *op. cit.*, pp. 263-315.

decir, hacerse elegir plebiscitariamente en 1989 (plebiscito que fue después adelantado al 5 de octubre 1988).

Entremedio de estos acontecimientos estuvo el Acuerdo Nacional, que unió por primera vez a fuerzas de todo el espectro, de izquierda a derecha, aunque dejando fuera (por automarginación y marginación) a la UDI, a los comunistas y algunos de sus aliados estratégicos. Bajo el amparo de monseñor Fresno, creaba una suerte de transacción en un marco institucional, político y económico. El gobierno lo desconoció y pudo políticamente ignorarlo. Mas el Acuerdo Nacional creó un espacio de convergencia institucional, enormemente valioso en momentos abisales.

En la derecha lo firmó Unión Nacional, lo que visto con ojos de fines de los noventa puede ser asombroso. Allamand añade dos consideraciones interesantes. Por una parte, Aylwin aceptó la idea de un Tribunal Constitucional para dirimir actitudes antidemocráticas de partidos extremistas; esto era importante para tener alguna aceptación entre las Fuerzas Armadas. En segundo lugar, al tratar de delinear un terreno común, nacía la ‘democracia de los consensos’, tan característica de los noventa y tan denostada a fines de esta década, en gran medida por manierismo¹⁹. Pedro Ibáñez, que siguió las negociaciones en las que participaban entre otros Francisco Bulnes y el mismo Allamand, le dice a éste: “La parte económica podría haber quedado mejor, pero en general está bien. Si el gobierno sabe aprovecharlo, tiene ahora un gran instrumento al alcance de la mano” (p. 98).

Al final, no fue así, pero el Acuerdo Nacional tuvo una clara huella en la derecha. La legitimó como un interlocutor indispensable en la construcción de la democracia, en su prehistoria en estos años, y como asociada en los consensos de los noventa. Esto fue importante para la derecha, ya que sus credenciales democráticas estaban en tela de juicio, y para el mismo Allamand, convertido en el niño mimado —aunque él no lo exprese así— de la naciente Concertación, como contraparte en la derecha. El sarcasmo final fue que a lo largo de los noventa, cuando RN era erosionada constantemente por la ‘otra derecha’ (la UDI) y ésta le enrostraba su disposición a transar, la UDI quedaba a su vez como el principal interlocutor ante la Concertación. A la UDI, como lo sostiene Allamand, a pesar de lo

¹⁹Boeninger señala algo similar: “El Acuerdo Nacional fue el primer paso en el tránsito de la confrontación al consenso que marcó el proceso político chileno, un episodio precursor de la transición chilena a la democracia”. *Op. cit.*, p. 309. Aylwin, en cambio, lo mira más como una etapa en el camino al plebiscito, aunque le dedica largas e instructivas páginas a sus pormenores.

que se dice, le gustaba o se acomodó a esta lógica, que sigue activa hasta estos momentos.

Plebiscito y regreso a la democracia, 1986-1990

Carrizal Bajo, el atentado a Pinochet, la lenta pero segura recuperación económica, la decadencia de las ‘protestas’ y la actuación de los renacidos partidos políticos generaron en su conjunto las bases del regreso a una intermediación política y a una discusión pública que creó, *de facto*, un espacio democrático, a pesar de importantes remanentes de violencia. Más todavía, con la decisión del Tribunal Constitucional del 25 de septiembre de 1985, promovida por Eugenio Valenzuela, el plebiscito tenía que efectuarse con registros electorales y partidos políticos. Se alejaba la posibilidad de que se repitiera la situación de 1980 y era posible que el plebiscito fuera realmente competitivo. En esos momentos la Alianza Democrática promovía la movilización por ‘elecciones libres’, es decir, presidenciales y con varios candidatos, lo que sirvió para que lentamente fuera introduciéndose en el ‘sistema’²⁰.

La derecha, inspirada por Pedro Ibáñez, intentó la unificación para repetir la experiencia del Partido Nacional de 1966 en otros momentos de vulnerabilidad. Así nació Renovación Nacional, con fusión de la UDI y de UN más otros grupos afines, que pasó a ser presidida por el abogado Ricardo Rivadeneira, vinculado a Arturo Fontaine Aldunate y a Gonzalo Vial. Allamand recuerda las palabras de Jarpa, “Andrés, no traiga a la UDI. Es imposible entenderse con ellos” (p. 116). Pero la unidad se logra, frágil como no podía ser de otra manera. Agrega que, en ese verano de 1987, ante la desertión de Fernández Larrios, vinculado al asesinato de Letelier, es el propio Jaime Guzmán el que agrega de su puño y letra una declaración en que se exige al gobierno el esclarecimiento total del crimen. Para Allamand, fue “la primera vez desde los inicios del gobierno militar, que una página de la historia política de la derecha no había sido escrita en La Moneda” (p. 124).

Pero el asunto no es tan fácil. La derecha no estaba asociada sólo a las luces de los años del gobierno militar. Así como el país entero, también la derecha debía pagar las consecuencias de la crisis del país de comienzos de los setenta y del período de Pinochet que, para repetirlo, es tanto parte de la crisis como de su superación.

²⁰ Rafael Otano, *Crónica de la transición* (Santiago: Planeta, 1995), p. 44.

Además, la UDI pertenecía a un nuevo tipo de derecha. En unos sentidos era políticamente más ortodoxa y ligada al autoritarismo como régimen, en comparación a los hombres de Unión Nacional. Por otro lado, tenía un liderazgo indiscutido con Jaime Guzmán, quien no podía ser calificado como ‘caudillo’, ni en el sentido tradicional hispanoamericano, ni del populismo de la política del siglo XX. Más bien una falange de jóvenes, en su mayoría, generalmente católicos con toque (no demasiado) integrista, diestros en la táctica, férreamente unidos en su espíritu de hacer política, aún a ocho años del asesinato de Guzmán declaraban aborrecer de la política mientras la ejecutaban diestramente en las cambiantes condiciones desde fines de los sesenta hasta fines de los noventa, con no desdeñables perspectivas políticas en el futuro. O tenían que dominar a la derecha unida, o tenían que perfilarse. La unión sobrevivió apenas un año, hasta que las elecciones internas de marzo de 1988 los dividieron amargamente, en algunas instancias hasta con gañanes traídos de las poblaciones. La UDI se va, y los restantes se quedan con el nombre de RN. En los años ochenta la UDI, para competir con sus socios y para entrar en sectores populares, recurrió al aparato estatal, al patronazgo y al clientelismo, y en los noventa, ante su éxito electoral, comienza a recibir una parte importante de los recursos de la derecha económica y logra imponer su candidato presidencial, aunque no tiene mayoría de votos en elecciones generales.

La UDI había adoptado no sólo los principios de la economía de mercado —en sus diversas matizaciones, sostenidas desde siempre por la derecha—, sino que le agregó un *quantum* de celo ideológico más en la línea de un ‘neo-liberalismo’ o ‘pan-economicismo’, que no erosionaba su orientación hacia la tradición *soft* del integrismo católico o hacia los principios de ‘democracia protegida’ de la Constitución de 1980. A la vez, mostraría una sorprendente capacidad de adaptación a la nueva política de los años noventa, lo que incluía una dosis de populismo y de penetración en sectores de la base de la pirámide social. Captaría o sustraería a RN (a lo que quedó de RN) gran parte del voto duro de derecha, aquel que en los noventa se reúne bajo la consigna de ‘los principios’, clave que significa fundamentalmente una moral formal, mantención incólume de la Constitución de 1980 —sin avanzar más allá de la reforma de 1989— y, menos controvertido en la derecha, fortalecer más todavía al mercado como fuente de decisiones.

Aunque algunas de estas cosas no se vislumbraban en 1987-1988, había algo que estaba desde un principio en esta nueva derecha y su nuevo estilo, en lo que sí se diferenciaba claramente de la política tradicional. Estaba constituida en su mayor parte por profesionales jóvenes y por una continua alimentación de universitarios que sí creían en la misión pública,

en el trabajo en terreno, en la coordinación y lealtad partidarias. Atraía y atrae a una clase media ascendente, incorporándola en los ritos de clase dirigente. Para un observador de otros tiempos, les faltaba quizás espontaneidad y les sobraba una seguridad en sí mismos, parecida a la arrogancia de los triunfadores. Pero, en medio de la desolación de amor por la política en los noventa, ha sido el único grupo político que ha respondido, aun con un dejo de encogimiento republicano, a las formas de acción pública de fin de siglo, la era del ‘malestar con la política’.

Las memorias de Fernández dan testimonio del escepticismo, para no decir aversión, con que él miraba esta unión. Aunque Fernández debe ser tomado seriamente cuando insiste en que buscaba su propia fórmula de apertura, representaba la voluntad de la UDI de sostener a Pinochet si éste a todo trance insistía en ser el candidato para el plebiscito²¹. Por otro lado, Allamand lo muestra claramente: al haber pasado el momento de incertidumbre ca. 1983/1986, muchos dirigentes de RN (una vez ida la UDI) no tenían serias diferencias con Pinochet. Las cosas mejoraban y, aunque veían la fragilidad de la apuesta plebiscitaria, no querían arriesgar una lucha frontal ante alguien con el que todavía mantenían un cordón umbilical.

Todo esto no impidió la estruendosa derrota del ‘Sí’ en el plebiscito del 5 de octubre de 1988. Cuando hubo acceso más o menos igualitario a los medios de comunicación, la oposición, como casi siempre pasa en los sistemas autoritarios, demolió la defensa del régimen. Famosa fue la aparición de Ricardo Lagos en el programa de televisión Cara al País, de Canal 13²². De las memorias de Allamand se puede ver claramente la pasividad de la derecha por él representada, de apoyar resignadamente a Pinochet ante el empuje más entusiasta de la UDI y otros sectores de ese polo. Ya no era la desesperación nacional que llevó al 11 de septiembre, sino que el refugio en el padre protector, situación que haría a la vez fuerte y vulnerable a la derecha.

La elección marcó el inevitable fin del gobierno militar, aunque algunas incertidumbres recién se despejarían a mediados de 1989. Si bien Pinochet fue claramente derrotado, el plebiscito tuvo credibilidad; por lo

²¹ Sergio Fernández afirma que esperaba que el anuncio de la selección de Pinochet por parte de la Junta sería seguido por un discurso redactado por el mismo Fernández en el que pondría énfasis en el futuro, no en el pasado. Mas Pinochet habría seguido una propuesta de Francisco Javier Cuadra en la que volvía todo a fojas cero, a 1973, como mérito para ser aprobado en el plebiscito. Fernández, *op. cit.*, pp. 260-267. La animosidad entre Fernández y Cuadra está explicada también por Rafel Otano, *op. cit.*, p. 43.

²² Aylwin reconoce la importancia de este programa, *op. cit.*, p. 352.

tanto el 43% del líder *de facto* de la derecha fue también real, y esto le daría su fortaleza y *alguna* capacidad de proyección independiente de la Constitución y de la imagen de éxito del país, imagen que se haría más fuerte a partir de 1989, casi ininterrumpidamente hasta pasada la mitad de los noventa. Quizás sólo sea una casualidad, pero es la misma cantidad de votos que obtuvo la Unidad Popular en las elecciones de marzo de 1973, lo que entonces se consideró un triunfo²³. Esta cifra en manos de Pinochet no sólo le daba cierta legitimidad, agregada al poder social y económico de la derecha era una herramienta poderosa para establecer un equilibrio en lo que muchos todavía preveían como un frágil escenario a futuro.

La situación fue muy diferente, sin embargo, en relación a los temores negros de los derrotados. Los triunfadores ya habían visto los cambios intelectuales en el mundo, de los cuales muchos de ellos habían sido protagonistas. Pero nadie esperaba el desarrollo espectacular de 1989, con caída del Muro y todo lo demás, que fue un telón de fondo del plebiscito de julio y de las elecciones de diciembre en Chile, y que ciertamente influyó en su resultado. En diciembre, la derecha, apoyada en el peligroso pero salvador sistema binominal, volvió a tener la cantidad de votos que había perdido en las elecciones parlamentarias de marzo de 1961. Ahora, al empinarse sobre el tercio, al representar en lo económico y social un mundo de ideas y de estilos que se legitimaba día a día, casi hasta rayar en lo utópico, podía olvidarse de la carga de representar una 'dictadura' y pasar a ser co-creadora de una nueva fase de la historia del país, que por varios años sería mirada de manera positiva.

La transición había salido en los hechos de una transacción; fue pactada también como para darle status legal a lo anterior²⁴. En esto Pinochet tuvo una destreza que sorprendió una vez más sus rivales y lo continuaría haciendo todavía por unos años. También hubo un mar de presiones al interior de una derecha algo desazonada, pero no tanto como en 1970. Ahora más claramente había una derecha política, un mundo empresarial que tenía interlocución con grupos académicos, y un núcleo 'duro', archi-Pinochetista, con Sergio Fernández a la cabeza. Esta articulación tiene mucho de construcción mental, ya que en los hechos, se debe advertir, las

²³ La única observación análoga que hemos podido encontrar es la de Luis Maira, *Chile, la transición interminable* (México: Grijalbo, 1999), p. 183.

²⁴ Este proceso de pacto está expuesto con gran precisión y claridad por Óscar Godoy Arcaya, "La transición chilena a la democracia: Pactada", *Estudios Públicos*, 74 (otoño de 1999).

personas pasaban de una condición a la otra según las impresiones, temores, expectativas e intereses percibidos del momento²⁵.

Es un período pletórico de ironías, por lo demás, como parte de la condición histórica del ser humano. Fernández pensaba que era él quien debía negociar, pero en la derecha había un núcleo más ‘duro’, del que Carlos Cáceres habría sido su portavoz. Tras las bambalinas, de parte del gobierno militar los generales Sinclair y Ballerino emergen como interlocutores, y las negociaciones quedan finalmente lideradas por el mismo Carlos Cáceres, quien confirma una imagen de credibilidad que ya se había comenzado a ganar en días de turbulencia económica. Para este relato, interesa destacar que en el espíritu de las reformas de 1989, los representantes del gobierno y de la derecha irían más allá que lo que haría la mayoría de los senadores de oposición en los años noventa, en lo que toca a la supresión de los senadores designados, por ejemplo. Ya hablaremos sobre esto, pues es una clave para entender la década de los noventa.

Renovación Nacional, el grupo presumiblemente más fuerte de la derecha, como de hecho se demostraría en diciembre de 1989, no logró articularse en un candidato propio. RN aceptó a Hernán Büchi y Allamand se comprometió fuertemente en su campaña. Pero Büchi, con sus indecisiones y su falta de comunicación política, estaba lejos de ser el candidato ideal. Es cierto, no obstante, que la personalidad de Büchi ofrecía algún elemento de novedad. Además de su indiscutida capacidad de liderar políticas públicas, no sólo medidas puramente económicas, tenía un aire de la época del ‘malestar con la política’, junto a una herencia del mundo *hippy* (por llamarlo de una manera) de la generación de los sesenta, a la que también pertenecía. Sin las beaterías de la ‘derecha tradicional’, tampoco tenía una articulación político-histórica, lo que no pocas veces se comprobó como una fuerza insospechada.

Quizás era producto de una educación muy segmentada (o se es ingeniero, o economista, o abogado, o humanista, o empresario...) que no combina perspectivas profesionales diferentes, un problema de sociedades como la nuestra. Pero su elemento de novedad no calzó en 1989, como sí lo hizo un inédito populismo de derecha, el de Francisco Javier Errázuriz, el ‘Fra-Fra’, un “hábil tahúr” político, en palabras de Allamand (p. 366) después de sus amargas experiencias de los años noventa. Errázuriz, con todo,

²⁵ Óscar Godoy da a conocer una reunión clave en el Centro de Estudios Públicos, del 14 de octubre de 1988, nueve días después del plebiscito, en la que se reunieron empresarios y políticos de la derecha, y ante los cuales el mismo Godoy junto a Enrique Barros analizaron los resultados del acto electoral. *Ibíd.*, p. 94. Para el contexto general, véase Ascanio Cavallo, *Los hombres de la transición* (Santiago: Andrés Bello, 1992).

presentó un elemento de novedad, aunque se iría disolviendo en los años siguientes. O como en cierta manera lo ha hecho Joaquín Lavín en la segunda mitad de la década, con otro estilo que promete y crea ansiedad. Büchi, en palabras de Fernando Maturana a Allamand, era un “ser extraterrestre” (p. 207), lo mismo que pensaban —según Maturana— sus votantes de Lonquimay. Desde RN se intentó que Büchi se distanciara un tanto del gobierno militar, pero Pinochet mandaba en este asunto y Büchi no estaba preparado ni quería desafiar a quien le había dado la posibilidad de dejar un huella duradera en su paso por el mundo público. La derecha más ‘política’, aquella de RN, se desperfiló en la elección; aunque la UDI no sacó mucho directamente de la candidatura de Büchi, impidió una más afín de RN, lo que le habría dado una incontestable delantera a este partido. Con todo, Errázuriz los ayudó en el sentido de que impidió una victoria todavía más apabulladora de la Concertación.

El año 1989 significó, sin embargo, que Andrés Allamand mostrara cada vez más un rostro público identificado con una ‘derecha moderna’, contraparte y alternativa de las fuerzas políticas que se habían remozado en la Concertación. Además RN tuvo una buena votación en las parlamentarias; el conjunto de la derecha se empinó sobre el tercio de los votos, posición que no ha perdido a lo largo de la década. Se volvió a antes de 1961. El triunfo de Jaime Guzmán sobre Ricardo Lagos fue emblemático de la capacidad de la derecha de reemerger invicta en democracia; pero también fue la consecuencia de una pugna sorda por ganarle posiciones a RN.

“Hechos y no palabras”: Una consigna filosa

En la campaña presidencial de 1958 la consigna de Jorge Alessandri era ésta: “hechos y no palabras”. Resumía bastante bien su trayectoria política. Era también, en la idea de fondo, el mensaje de un ilustre predecesor suyo, Gustavo Ross, en las elecciones de 1938, una divisora de aguas en el país. Pero también exponía una debilidad de la derecha, que asimismo es una suerte de fortaleza, su desapego en la batalla de las ideas; más amortiguadamente, la reticencia ante el debate de ideas intelectuales.

No cabe duda que Allamand es un político de batalla. Estudioso, se ve con todo que su arena es la acción pública. Este libro bien escrito y apasionante como historia política, tiene muchas aristas que dejan pensando. No es sin embargo un libro de ideas. Esto no debe ser necesariamente un punto en contra. Un doctorado en ciencia política no viste a un político

como político. La fuerza de la derecha en la historia de Chile en los últimos setenta años no ha residido en el debate intelectual, sino que en la fuerza de sus imágenes y en las percepciones colectivas de una vaga pero fuerte subcultura política del país. Sólo hacia fines de la década de los setenta, en las discusiones que podríamos llamar de ‘economía política’, emerge lo que sería una arremetida intelectual de la derecha, que algo se ha ampliado en los noventa.

Por otro lado, en tiempos en los cuales existe una idea de ‘pragmatismo’ y de vacío en torno a la política, la falta de ideas colabora en la corrosiva indiferencia hacia la política. Es decir, en una indiferencia hacia la dimensión pública de la vida social e individual, que ha sido la base de la política moderna representada por la democracia. En este sentido, un mundo pensante, orientado hacia la reflexión, no es el corazón de la política, pero sí su complemento de civilización. Esto no está explícito en el libro aunque, repetimos, esto no invalida en absoluto al líder Andrés Allamand.

Con todo, en dos partes el autor hace lo que se acerca a una profesión de fe. Cuando relata cómo asume la presidencia de RN, dice:

Soy de derecha por el clima de responsabilidad que respiré en mi familia [...]. Soy de derecha porque me gusta el orden, aborrezco el estatismo y aprecio mucho los fueros individuales [...]. Soy de derecha porque respeto la historia y me importan las instituciones que dan fisonomía a los países. Soy de derecha porque admiro a los criados a la intemperie y a los que salen adelante solos contra el mundo. Soy de derecha porque desconfío de la ingeniería política y creo en la vitalidad que emerge de un orden social libre. Soy de derecha porque me alegro de los éxitos ajenos (p. 218).

Una serie de afirmaciones simples, el lector las siente carne viva al leer el libro; más todavía si tiene tan alerta la memoria de diez años de vida política en el centro del escenario. Quizás la última frase, sobre los “éxitos ajenos”, tiene un poco de sabor, más que a ‘corrección política’, a beataría política. El resto es fiel a la derecha chilena, incluso en la relativa menor valorización del elemento específicamente político de la política de derecha; pone el acento en la creatividad individual, y se parece mucho a un mensaje exclusivamente empresarial. No se ve una preocupación de cómo un liderazgo puede ayudar a insuflar este espíritu en capas más vastas de la población, a pesar de que el Allamand concreto que uno ha visto en las innumerables apariciones públicas sí parece estar consciente de esta dimensión. Por otro lado, hay que repetir, el libro es rico en mostrar un *animal político* de varias dimensiones; es más creíble que el estribillo de que se

está por ‘los principios’, entelequia que se resuelve la mayoría de las veces en concreciones banales o hipócritas.

El otro párrafo en que aparece algo de una interpretación general, es en su juicio acerca del activo que se le puede conceder al gobierno militar, cuando “remarca” (horripilante palabra, que desgraciadamente se le escapó a Allamand y a Héctor Soto) que la reforma impulsada en esos años no fue un milagro, sino que un programa duramente batallado, lo que le dio estrategia y sentido, y que legitima hasta cierto punto su duración:

A partir de 1973 Chile comenzó —bien, regular o mal— a valerse por sí mismo y a atreverse a competir. Aprendió además una lección histórica: que son los propios países los que con sus políticas labran su prosperidad o se estancan en el subdesarrollo. El día que Chile dejó de echarles la culpa de su pobreza a otros comenzó a conectarse con la modernidad (p. 157).

Se trata de un juicio de sabor un tanto ‘economicista’, que lo mismo podría ser expresado por la UDI o por un tecnócrata. No aparece la especificidad política que, una vez más, se da en la concreción del personaje, bien retratada en el libro. A la vez, Allamand dice en este párrafo algo más profundo de lo que se podría sospechar a primera vista. En cualquier universo humano y social que nos movamos, en algún momento tenemos que caer en cuenta y afrontar la soledad. Los grandes momentos son aquellos en que la soledad se sublima en transformación como respuesta a circunstancias límites.

Si el ‘pecado original’ de la experiencia chilena fue el haberse efectuado bajo un régimen militar que además ha sido el ‘malo de la película’, su resultado no fue un puro ejercicio del poder por el poder. Aunque algo de esto tuvo, como siempre. Ya sea en la política internacional, o en la prosecución de una reforma económica que parecía a contrapelo de las tendencias continentales de entonces, y en la seriedad del ejercicio de la administración interna, todo esto fue el contrapunto a la DINA y a la rigidización de la vida cultural y política del país. También un fardo que entorpece nuestra marcha es la herencia de la cultura hispanoamericana, en donde el ‘pedir’ es parte de un mundo natural. La picaresca se presenta a sí misma como ‘astucia’ frente a los poderosos. Intelectuales que se creen más sofisticados dirán que es una forma oculta de ‘resistir al poder’. Creemos que se trata de una simple tara a la que se le da un toque de ‘viveza’ y arroja culpas por doquier, menos en cada uno de nosotros. Nuestra herencia nuevamente: la España picaresca era el único lugar del mundo en donde el mendigo insultaba a quien no le daba limosna. En nuestro ‘Estado de

compromiso' (ca. 1938-1970) era natural confiar en que los poderosos del mundo tenían una deuda con Chile; era la 'mentalidad de subsidio'. Los años del gobierno militar y de las políticas económicas y sociales impulsadas por éste demostraron otras potencialidades.

La derecha en los nuevos tiempos

La trayectoria de Allamand en los noventa es un ejemplo de los cambios paradójales a los que ha sido expuesta la derecha. Anotemos, de paso, que en la izquierda no han sido menos, sólo que de otro tipo. A comienzos de la década, Allamand era el flamante presidente de un partido que ha sido el segundo más votado en el país, representando —como lo dijo— ideas que han venido a ser casi patrimonio compartido por todo el elenco político; señalado por numerosas encuestas como uno de los políticos más respetados, y considerado, como personalidad, el interlocutor más válido en la 'democracia de los acuerdos', el líder que podía llevar a la derecha a abrirse a un centro que convertiría el tercio ya obtenido en algo que se pareciera a una mayoría absoluta. Las cosas parecían ir por ese lado, pero no fueron hasta el final.

La historia de Allamand, sin haber pasado por un 'desierto' propiamente dicho, tiene su pequeña tragedia. Sus adversarios, como tantas veces en política, se localizaban en su propio campo y no tanto en la Concertación. Ésta última lo necesitaba, aunque algunas veces prefirió sacrificarlo, ya que lo veía como alguien que le podía 'robar la película'. Pero no solamente en la UDI, sino que dentro de RN, junto con interpretar el impulso de ideas del partido, Allamand chocaba contra otra cara de la cultura política de RN: la satisfacción con un cierto inmovilismo que dominaba al partido y, no se olvide, al país entero. En la medida en que no se produjo lo que entre 1983 y 1988 muchos tenían en la derecha, el advenimiento de un caos, o lo que esperaban en la centro-izquierda, un sentimiento nacional de inapelable repudio a la herencia del gobierno militar, el país se mantuvo cautivo/encantado en una situación cristalina, cristalizada. No por razones puramente decadentes.

Para entender la ahora (fines de 1999) denostada 'democracia de los acuerdos', debemos entender el estado de ánimo del país en la segunda mitad de los ochenta. El plebiscito fue la pleamar de la movilización. De hecho su convocatoria trasladó al plano político lo que había sido una pugna de violencia callejera. En la población había un deseo tanto de paz como de cambio, que no fuera mucho cambio. El plebiscito de julio de

1989 y las elecciones parlamentarias del 14 de diciembre de ese mismo año crearon tanto un equilibrio como derrotaron claramente a las fuerzas de extrema izquierda. Incluso en la derecha más firmemente identificada con el gobierno militar —dejando de lado a grupos mínimos como Avanzada Nacional—, la UDI tuvo un buen desempeño: Jaime Guzmán derrotó a Lagos estrecha pero espectacularmente en un terreno difícilísimo. Renovación Nacional quedó como el segundo partido después de la Democracia Cristiana y no pocos lo veían como una cierta alternativa de gobierno en un futuro no muy lejano.

Sobre todo, la ‘democracia de los acuerdos’, o de los ‘consensos’, fue producto de una reconciliación práctica que, como siempre cuando es espontánea, va a compañada del olvido. Quienes sufrieron los desgarros de los años setenta, el violento clima en las ciudades en los ochenta, y que no eran exclusivamente los opositores al gobierno militar, se sentían incomodados, extrañados y, en algunos casos, escandalizados por la atmósfera de felicidad, de concordia, de convergencias y de falta de quiebre que por primera vez se veía en la sociedad del Chile del siglo XX. Éste fue el Chile ‘realmente existente’ de los noventa, hasta hace un par de años.

La UDI pasó a representar un nuevo estilo de hacer política de esa falange dedicada y convencida de su misión, y que se colocaba formalmente dentro de la semántica de los ‘principios’ en el debate político de los noventa. RN, en cambio, tenía un aire más tradicional, a la vez que con un elemento moderno y moderado que apeló a muchos votantes a lo largo del país, salvo cuando la UDI le salía al paso poniendo todo el peso de la votación. RN también mostraba una variedad mayor de liderato y una espontaneidad que llegaba más al electorado, a pesar de seguir siendo básicamente un ‘partido de notables’, aunque en su origen sociológico el medio de la clase media se encuentra en muchos casos muy cerca en su árbol genealógico.

Competían, pero también atraían a un electorado diverso. En gran medida se había desvanecido la orientación netamente ideológica —en sentido expreso, nunca muy articulada en este sector—; las preferencias se motivaban en una amplia diversidad de demandas. En suma, RN y la UDI no sólo daban un lamentable espectáculo de los sectores de ‘orden’, sino que a la vez multiplicaban su magnetismo electoral. Es cierto que en parte el sistema binominal era responsable; pero esto no estaba tan claro en el caso de la Concertación.

¿Reproducen ambas derechas, en la larga duración de la política de Chile, la antigua articulación de conservadores y liberales? Sería fácil decir que la UDI representa a un catolicismo político junto a una tradición autori-

taria, lo que los haría descendientes de los pelucones. RN, en cambio, se constituiría en la tradición liberal, que vincula el aprecio por la libre empresa —temperado, eso sí, por alguna intervención estatal—, junto a la voluntad de hacer coaliciones e impedir rupturas profundas en el edificio de la política; de allí vendría su entusiasmo por la ‘democracia de los acuerdos’.

La realidad es más complicada. Desde luego, los antiguos conservadores no eran simplemente representantes de un arcaísmo, sino una respuesta adaptativa de parte de la sociedad chilena a los cambios de la modernidad²⁶. Aquellos liberales se fueron fundiendo con sus adversarios de antes, al esfumarse las causas que los separaban, apareciendo a la vez poderosos enemigos comunes. No es necesariamente que ambos, RN y UDI, sean versiones ‘modernizadas’ de esos ‘partidos históricos’. Se trata más bien de que la derecha, en votos y en influencia social, no sólo salió indemne al término del gobierno militar, sino que emergió fortalecida en la pujanza de sus ideas y en su fuerza electoral. Como se anotaba antes, desde 1961 que no se empinaba sobre el tercio de los votos. Para ello, en Chile, a lo mejor dos partidos de derecha (o ‘centro-derecha’) son más útiles que uno solo que quizás no capte más que una cuarta parte del electorado. Aquí no hay puro binominalismo, sino que el resultado de la historia política reciente de Chile.

Las ideas de la derecha, tan solitariamente mantenidas hace 40 años por Jorge Alessandri (quien a su vez miraba con leve tono despectivo a la derecha como ‘organización’) desde un gobierno débil en cuanto a composición de fuerzas, han sido recogidas de manera mucho más drástica en medio del panorama político posguerra fría, del cual Chile es un ejemplo adelantado. En este sentido, en la fundación del ‘Chile actual’ la derecha ha estado asociada a su construcción no solamente por su participación callada en el gobierno militar, sino como un punto de referencia político desde que se comenzó a hablar de los cuellos de botella del ‘Estado de compromiso’, es decir, desde fines de la década de 1940.

Se puede hablar así, como pocas veces, de paradoja para entender la posición de la derecha en la política de los noventa. También, y esto vale para todos los actores, el Chile actual desafió a todos los textos canónicos acerca de lo que debía pasar después de un gobierno militar. Aunque el resultado de la confrontación de los ochenta no fue un triunfo claro para

²⁶ Diversos artículos de Samuel Valenzuela y Érika Maza Valenzuela en *Estudios Públicos* han llamado la atención hacia este punto. Entre ellos, J. Samuel Valenzuela, “Orígenes y transformación del sistema de partidos en Chile”, *Estudios Públicos*, 58 (otoño de 1995). Érika Maza Valenzuela, “Liberalismo, radicales y la ciudadanía de la mujer en Chile 1872-1930”, *Estudios Públicos*, 69 (verano de 1998).

ninguno de los dos bandos (transición que salió de una transacción), lo que podríamos llamar la 'clase militar' se demostró capaz e inauguró una nueva etapa, generalmente vista como constructiva, del puesto de Chile en la evolución de fines del siglo XX. Es cierto que otros elementos se deterioraron y que el resultado pudo ser diferente. Pero las cosas resultaron de la manera que hemos visto, y en ello a la derecha le fue posible participar de la parte rosada con que retrospectivamente se vio la transición en Chile.

También ¿quién más apropiado para encarnar una nueva cara de la derecha, alguien que hubiera estado comprometido con el proceso de transición y que fue visto a lo largo del país como el político más promisorio de la derecha, Andrés Allamand? Aunque criticado desde sus propias filas, Allamand se hizo cargo del partido amparado en la generación más joven, y la juventud chilena en general tenía buena impresión de este líder, algo que en el Chile de los noventa se parece a una hazaña.

Pero precisamente el éxito de la derecha en acomodarse y encontrar un puesto seguro e influyente en los 'nuevos tiempos' minó toda política ambiciosa de modelar el país a partir de la construcción de una nueva mayoría de centro-derecha. Para el observador, daba la impresión de que le era más cómodo esforzarse sólo hasta obtener el tercio más uno de los votos, al menos hasta estas elecciones presidenciales de 1999. Más importante, no sólo nadie le pasó la cuenta 'por haber apoyado a la dictadura', estribillo que corría de boca en boca en los setenta, sino que hubo una reconciliación práctica dentro de la clase política chilena, incluyendo a la clase militar. En ninguna parte era más visible que en los cocteles, donde convivían alegremente todos, y muchos otrora adherentes a la Unidad Popular, y que sufrieron diversos males a partir de 1973, hacían fila para darle la mano a Pinochet. Ante esta situación, ¿para qué se necesitaba a un Allamand, a pesar de que muchos veían en él una promesa y tenía gran magnetismo en la población general del país? Aquí está una raíz de la paradoja de Allamand, que él ve como un 'desierto'.

Para Allamand, mientras ascendía su figura y se proyectaba como líder (y presidente) del partido más fuerte en la oposición, se desarrollaban dos movimientos de erosión que lo terminarían por desbancar. Por una parte, obviamente, desde las filas de la Concertación. Aylwin prefería negociar directamente con Jarpa, tanto porque sospechaba que este antiguo caudillo tenía más fuerza, como para evitar el surgimiento de una alternativa. En las elecciones cruciales de diciembre de 1997, los fuegos de Foxley y Estévez se dirigieron a destacar que la derecha de Allamand no existía, como manera de desalentar un 'voto cruzado', es decir, gente que votaba por la Concertación en los diputados, pero por Allamand a senador para

favorecer a una derecha más políticamente liberal. Como el mismo autor lo señala, la política de la ‘democracia de los acuerdos’ se hizo un poco ‘a contrapelo’ de los deseos de la militancia de RN, para no hablar de la UDI. El votante de derecha, o de los que votan por la derecha, lo que no es lo mismo, no pone ni los derechos humanos ni los cambios institucionales como un elemento de juicio. Una gran parte del país, en la práctica, adoptó la misma actitud.

Pero paulatinamente se formó un frente ‘anti-Allamand’ en el grueso de los dirigentes de la derecha, incluyendo a muchos senadores de RN, especialmente a Jarpa, quien hizo de su misión desbancar a su sucesor. La UDI, a juzgar por el testimonio de Allamand, planteó con extraordinario éxito una estrategia de jugarse por los ‘principios’, algunos de ellos bastante abstractos como para no molestar al Chile hedonista (*soft*) de los noventa. A la vez, transaba cada vez que podía divisar una oportunidad de obtener una ventaja en la lucha de poder con sus socios. Emblemático es para Allamand lo que sucedió con una legislación propuesta por Frei en 1995, para terminar con el problema de los juicios a militares (¿cómo se la echa de menos ahora, a fines de 1999!) y acordar cambios constitucionales. Frei conversó con RN y la UDI, dando a entender que aceptaría algún acuerdo. La UDI lo rechazó de plano. Pero en conversaciones con RN, los dirigentes Chadwick y Coloma le ofrecen a Allamand una transacción, eliminar los senadores institucionales (o ‘designados’) a cambio de aumentar los cupos senatoriales en algunas regiones, y repartirlos, para una elección, entre ambos partidos. “Sólo me daba un poco de risa cuando algunos UDI afirmaban que mantener los senadores designados era un asunto ‘absolutamente de principios’” (p. 447).

Toda la época de los años noventa está cruzada de este tipo de referencias, y parecen ser el eje de la actividad política del autor. Ya sea en las disputas por el alza temporal de impuestos, en el *affaire* Piñera-Matthei, en las reformas constitucionales (siempre fracasadas; pero, ojo, el país ha sido estable y ésta no es la razón del ‘malestar con la política’), en el *affaire* ‘Chispas’ o en la acusación contra el presidente de la Corte Suprema, Servando Jordán, Allamand se fue enemistando con gran parte de la clase política de derecha. A ojos del votante de derecha, Allamand fue visto como carente de ‘principios’ y dispuesto a transar todo. En contradicción con esto, se le acusaba de ser ‘conflictivo’. Su brillante dupla con Sebastián Piñera se opacó por el incidente con Evelyn Matthei, en donde ésta, al final de los finales, logró una suerte de rehabilitación, mediando el famoso ‘olvido’, y fueron los líderes nuevos los que sufrieron las consecuencias. Este

caso tuvo más de un aspecto simbólico. Además de incluir el secuestro temporal, a lo mafioso, de un hijo de Piñera, es el único caso en esta década en que la intervención del ejército en política no se debe a razones de proteger el pasado, sino que su racionalidad revelaría —de ser las cosas como las presenta el autor— una simple manera de influir directamente en política²⁷. La manera de intervenir indicaría un patrón que se mantendrá en el futuro. En este sentido, sería importante dilucidar este episodio.

Si en 1993 una intervención de Francisco Bulnes salvó en el último instante la candidatura de Allamand en Las Condes, hacia 1997 se había esfumado el llamado de una derecha antigua, es decir, anclada en una idea de política que reflejara grandes posiciones. Tras los abstractos ‘principios’ se diseminaban una serie de tareas específicas, desde luego muy necesarias, pero que *también* reflejaban una crisis del sentido de pertenencia social. Allamand había ocupado una posición ingrata en el asunto ‘Chispas’ (compra de Endesa), donde incluso se distanció de su amigo Sebastián Piñera, y tuvo que presidir la Comisión Informante —por azar de los azares— en la acusación contra Jordán. En ambos casos cree haber tomado una posición de principios. En el primero porque cree que Piñera no actuó de acuerdo a tales al haber aceptado una oferta de los españoles; en el segundo, porque a pesar de reconocer que Jordán no tenía la estatura para presidir el tribunal máximo en época de crisis de la justicia, era inocente de la acusación específica de proteger al narcotráfico. En un régimen no parlamentario, la Cámara no debería constituirse en instancia de sustracción de confianza a los funcionarios públicos. En ambos casos, Allamand parece haber actuado plenamente de acuerdo a los principios. Pero no de acuerdo a los ‘principios’ políticamente correctos en la derecha (p. 522).

Allamand, un tipo de político necesario en tiempos de crisis, sobre todo de crisis en la derecha, llegó a ser prescindible a fines de la última década del siglo. Pero no necesariamente es el fin de una carrera, o de este tipo de hacer política en la derecha. Más que en ninguna otra esfera de la vida, la política es esencialmente el campo de las derrotas; incluso los grandes triunfos finalizan en una al menos aparente derrota. Todo se desgasta, incluso el poder absoluto. Raramente el triunfo deviene durante el primer impulso; casi siempre amanece tras una derrota que aparece definitiva. Con todo, para una carrera como ésta, conviene aprender algunas lecciones del entorno político actual.

²⁷ Sobre este episodio, Ascanio Cavallo, *La historia oculta de la transición. Memoria de una época, 1990-1998* (Santiago: Grijalbo, 1998), pp. 171-183.

El escenario de después

En los momentos en que se escriben estas líneas, se demuestra la viabilidad de una derecha que ni se desprendió del gobierno militar, ni temió pasar más allá de la crisis de la política y enfocarse a lo que esta década podía ofrecer. Frente a los apremios para que se defina ante esto o aquello, exhibe una hábil combinación de adhesión a los ‘principios’ con un pragmatismo que la convierte en una alternativa de poder. Además con más ambiciones de ganar que RN, aunque en la guerrilla de los noventa participaron todos. En todo caso, por primera vez desde 1958, o desde 1938, la derecha es uno de los polos políticos del país. Claro que el panorama es muy distinto de aquel que le dio nominación expresa al eje derechazquierda, el de ‘la crisis ideológica mundial’ que se desató a toda marcha en los años treinta.

El escenario actual, surgido del ‘malestar con la política’, refleja por otra parte el consenso nacional, hasta el momento definitivamente mayoritario, en torno al ‘modelo occidental’, el cual, como en otras partes, *también* reflejó el fin de la Guerra Fría en Chile. Este consenso sólo está amenazado por la ‘desafección’ reflejada en la violencia ciudadana. Ésta no es política, pero al hacer insegura la vida cotidiana, e ir aparejada por la crisis judicial y, en cierto modo, policial, erosiona el Estado de derecho. Es decir, es una versión muy *soft* de la ‘colombianización’. En estas condiciones, la política también está amenazada por la indolencia ante lo público, con su cara de abstención y de retirada de la juventud de la política. Está por verse si se trata sólo de la política tradicional. Y está amenazada a su vez por un pecado que todos llevamos con nosotros, nuestra escasa capacidad de organizarnos en la vida moderna con un buen punto de referencia como civilización; en términos más concretos, con un ‘capital social’²⁸. Carecemos en cierta medida de una zona de civilización, de confianza y emulación mutua que nos libere de la indolencia y de la maldición del dios de la doble cara del resentimiento y de la arrogancia que tenemos todos los chilenos como deidad idolátrica.

En estos dos últimos años, por cansancio, por la (no muy grande) crisis económica, por las insatisfacciones que van unidas a toda promesa, por los diez años de la Concertación, por la ‘crisis Pinochet’ que desató el tema de la ‘memoria’ (derrotar retrospectivamente el 11 de septiembre) y de los derechos humanos (reconocer los excesos como males y perversiones que en su gran mayoría pudieron ser evitados), por el inalcanzado

²⁸ ‘Capital social’, en el sentido que lo ha desarrollado (es más antiguo) Francis Fukuyama, *La gran ruptura. La naturaleza humana y la reconstrucción del orden social* (Buenos Aires: Atlántida, 1999), esp. pp. 35-47.

desarrollo...; en fin, también porque sí, se ha elevado un coro de protestas. Se llama a una visión crítica de este Chile transaccional. Se esgrimen dos argumentos que se contradicen mutuamente.

Por una parte, se dice que en este país no hay crítica, que hay demasiado consenso, que todo se transa, que sería una república de merca-chifles (al menos nadie ha dicho que es una ‘república bananera’; ya es un avance). Por otra parte, se dice que no hay ‘reconciliación’ y que el país está todavía dividido. ¿En qué quedamos? Un accidente, el ‘caso Pinochet’, reveló un potencial de división. ¿Dónde no lo hay? Más todavía, se tocó el mayor punto neurálgico del último cuarto de siglo. En el desarrollo político, esto no ha resultado en una polarización, aunque sí ha revelado a moros y cristianos que Chile es un país pequeño e irrelevante en peso propio, que sólo fue un símbolo. Lejos de ser una maldición, nuestro carácter remoto nos debe hacer aprender acerca de las condiciones del universo en el que nos desenvolvemos; esto fue, desde luego, un aspecto positivo de esos 25 últimos años.

Además de la política posideológica, en el sentido de eclipse de alternativas radicalmente antagónicas, lo que sucede en Chile es que la izquierda y la derecha han estado ocupando progresivamente la posición de *centro*²⁹. Estos son dos polos que no llevan a una polarización, sino que coinciden básicamente, en casi los mismos parámetros, en la orientación que debe tener la sociedad moderna. De ahí que les sea fácil a cada uno de ellos asumir la propuesta del adversario, aunque en muchas ocasiones se parezca demasiado al oportunismo. También, una gran parte del electorado no tiene real conciencia de estar votando por un candidato ya sea de izquierda o derecha, aunque nos parece que de una manera muy amortiguada el eje izquierda-derecha seguirá vigente. No es raro, ya que se trata de un fenómeno mundial, cosa que no es suficientemente tenida en cuenta por muchos análisis del Chile de los noventa³⁰. En las recientes elecciones

²⁹ Cfr. dos estudios del Centro de Estudios Públicos, de Alejandra Hinzpeter y Carla Lehmann, “Polarización o moderación en Chile”; y “¿El fin de los tres tercios tradicionales? La irrupción de una nueva fuerza política”, *Puntos de Referencia*, 217 y 218 respectivamente (agosto de 1999).

³⁰ Es el caso de tres libros que podemos considerar representativos de una mirada escéptica, distante, ‘crítica’ (palabra muy mal usada en el mundo intelectual), aunque con importantes diferencias y matices en algunos de sus autores. Son ellos, Tomás Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito* (Santiago: Lom, 1997); Paul Drake, Iván Jaksic (compiladores), *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa* (Santiago: Lom, 1999), al que menos se le puede hacer esta crítica; Amparo Menéndez-Carrión, Alfredo Joignant (eds.), *La Caja de Pandora. El retorno de la transición chilena* (Santiago: Planeta, Ariel, 1999). Es inexplicable sobre qué bases comparativas se puede decir lo que plantea un autor, Patricio Manns, en el título de su libro: *Chile: una dictadura militar permanente (1811-1999)* (Santiago: Sudamericana, 1999).

presidenciales en Argentina se formó, a través de internet, el ‘Partido de Mafalda’, que llamaba a la abstención, como una de las formas de respuesta ante la apatía³¹.

Es evidente que hay una crisis de la política, pero no una crisis de la democracia en el corto plazo. Al carecer de la tensión de afirmar o rechazar un camino radicalmente alternativo, de una pugna central, y adquirir un elemento más gerencial, se da un encogimiento, pero también una justa dimensión de la política de nuestra época³². Mejor dicho, el problema está en que la política como manejo del Estado ya no está asociada a sentimientos colectivos que representen a amplios estratos de la sociedad. Pero la situación no tiene por qué *necesariamente* conllevar el eclipse de la política. Si así llegase a suceder, ¡adiós a la democracia y adiós al Estado de derecho!

La política —lo político, los políticos, los partidos— puede ser el puente entre el ciudadano y los problemas y temas públicos. El ciudadano³³, como la persona que va y vuelve entre la esfera pública y la privada, que no se siente en su totalidad identificado con una de las dos, se ancla más en una, pero para completarse necesita por momentos sustanciales de la otra. Éste es uno de los sustentos de la política moderna. Los temas públicos no tendrán una dinámica que se quede exclusivamente dentro de lo ‘público’, sino que también serán vistos por la persona como una vinculación personal y de valores. Si en países como los nuestros no crece este tipo de persona hasta transformarse en un modelo social, no habrá verdadera ‘consolidación de la democracia’ y de lo moderno, ambigüedad incluida. Este ciudadano tendrá que tener alguna relación no sólo con la velocidad de la comunicación que la técnica imprime a nuestra cultura —realidad que una vez aparecida no se puede ignorar—, sino que también tendrá que tener una distancia ante la velocidad que lo devora y que hace que, por ejemplo, las noticias (el estrellato) dirijan la acción pública, lo que es una falsificación del sano control democrático³⁴. Es decir, en vez de que se busque el

³¹ *El Mercurio*, 4 de octubre de 1999.

³² Lo que podríamos llamar el ‘factor gerencial’ en la política y en la administración del Estado, es puesto de relieve por David Gallagher, *El Mercurio*, 31 de octubre de 1999. Esto es algo muy diferente a la expresión más ‘paneconomicista’ de Alberto Fujimori, de que él era el “gerente general del Perú [y los peruanos] son mis clientes”.

³³ Por ‘ciudadano’ se entiende a quien habita lo privado y lo público, no del todo en el sentido en que lo plantean, un poco alusivamente, Tomás Moulian, Amparo Menéndez y Alfredo Joignant, nota (30).

³⁴ Miguel Luis Amunátegui ha alumbrado este problema en relación a la política chilena: “En el reporte y en lo que dicen los políticos hay algo vicioso. Por ejemplo, me llama un periodista y me dice acaban de hacer una declaración contra ti los miembros de tu

liderato en la moda del momento y que el político cree un modo de ser, que sea nuevamente líder³⁵. Será la posibilidad de que además de líder sea estadista, aunque esto ya no pueda ser idéntico a ‘hombre de Estado’.

A través de su libro, Allamand da la impresión de que su derrotero lo ha llevado a encallar una y otra vez en un arrecife agazapado, como la punta de iceberg de fuerzas oscuras. Existiría algo cerril, obcecado, desde luego irracional, que mantendría a la derecha atenazada en un remolino del pasado. Hay mucho de cierto en esta impresión, y el autor pertenece a aquellos que pueden darle a la derecha una orientación de futuro, para adaptar a la sociedad a un mundo cambiante. Pero esto último es válido para cualquiera opción política. También hay estrellas polares inamovibles para las grandes orientaciones de la política moderna. Para la izquierda será siempre una orientación hacia la igualdad, aunque racionalmente reconozca que no siempre va en el bien de *todos* (para no decir de minorías, lo que es evidente), el hacer de todos los temas una prueba de fe igualitaria.

Lo mismo vale en otro sentido para la derecha. Para que sea genuina, tiene que tener una ancla conservadora, y ésta se asienta indispensablemente en un fondo insondable, que sospecha es parte del *ser* de las cosas sociales. No todo es resultado, y un amplio espacio de la política de la derecha debe estar bajo la luz de la ‘razón crítica’. En aceptar esta realidad con su toque misterioso, está la adaptación del propio Allamand a esta derecha. Una cosa es la ocupación del centro, que es lo que parece estar sucediendo, otra cosa es una ‘aznarización’ de la derecha, esto es, creer que

propia directiva. ¿Qué les contestas? Mira, le dije, porque te conozco te voy a decir que te vayas a la mierda. ¡Vaya, eso es novedoso en la política! Me contestó. La necesidad del reportero de ganarse la página es tan fuerte y o la debilidad e improvisación de los políticos es tan grande [...]. Los periodistas les están fijando la pauta a los políticos. Los partidos no son capaces de poner la pauta, se la ponen los medios”. Entrevista de Raquel Correa, *El Mercurio*, 5 de septiembre de 1999.

³⁵ Henry Kissinger señala de manera concisa y penetrante algo que se viene diciendo este último medio siglo: “Cuando la imagen visual reemplazó a la palabra escrita como el medio principal de comprensión del mundo, el proceso de aprendizaje se transformó de un modo activo a uno pasivo, de un acto participativo pasó a ser uno de asimilación de información ya digerida. Uno aprende de los libros por medio de conceptos que relacionan sucesos aparentemente diferentes unos con otros, lo que requiere esfuerzo y entrenamiento. Por contraste, las imágenes enseñan pasivamente. Evocan impresiones que no requieren ningún acto por parte del espectador; ponen énfasis en el afán del momento y dejan poco espacio al razonamiento deductivo o a la imaginación. Los conceptos son permanentes; las impresiones son cambiantes y, en parte, accidentales [...]. Los grandes estadistas del pasado se veían a sí mismos como héroes que tomaban sobre sí el peso de una ruta de la sociedad desde lo familiar hacia lo desconocido. El político moderno está menos interesado en ser un héroe que en ser una superestrella. Los héroes caminan solos; las superestrellas derivan su status de la aprobación. Los héroes están definidos por valores internos, las estrellas por el consenso”. En *Years of Renewal* (N.Y.: Simon & Schuster, 1999), pp. 28 y ss.

no debe ser tal³⁶. Esto la llevaría a su ruina, por más que siempre, como cualquier actor de la historia, deba estar constantemente remozándose. La existencia de un cierto trasfondo irracional, de manera más destacada que en la izquierda, es lo que distingue el ser derecha en la política moderna. La tarea de esta energía política es conciliarla con la respuesta esclarecida que pueda entregar una energía política como la del autor.

³⁶ En referencia a una comparación con la política española, que el mismo Allmand efectúa, pp. 465 y ss.